

LA CRITICA DE MARX A LA ECONOMIA POLITI- CA CLASICA

Luis ANGEL ROJO

Puede parecer paradójico que la visión más potente y sugestiva de cuantas ofreciera del capitalismo la segunda mitad del siglo XIX se elaborase desde una ideología que aspiraba al derrumbamiento final del sistema y se presentase unida a una crítica radical de la Economía Política como cuerpo de conocimientos enredados en el nivel de las simples apariencias. Sucedió, sin embargo, que el pensamiento económico clásico había perdido una gran parte de su vitalidad hacia mediados de siglo. En estas condiciones, una concepción ideológica ligada a una filosofía y un método distintos de los incorporados en la Economía Política clásica podía conducir a una articulación nueva de los materiales ofrecidos por la realidad en una interpretación del capitalismo que abriese perspectivas fructíferas y destacase problemas antes soslayados. Tal es el sentido de la aportación de Marx a la Economía.

Es posible, desde luego, centrar el estudio del pensamiento de Marx en los terrenos de la ideología, la filosofía y la ética e interpretar el marxismo como un método crítico capaz de potenciar la lucha del hombre por transformar el mundo y hacerse dueño de su propio destino. Pero la obra de madurez de Marx expresa, ante todo, un esfuerzo por ofrecer un tratamiento científico de la realidad socioeconómica que es, al mismo tiempo, una crítica de las categorías de la Economía Política clásica; y sus etapas de juventud y formación pueden verse como un largo itinerario en el que Marx, buscando una base sólida para una teoría de la acción práctica, se esfuerza por encontrar la historia real más allá de las ideologías y se mueve desde la filosofía y la ética hacia el estudio científico de las relaciones socioeconómicas de su tiempo.

DESCENSO A LA ECONOMIA POLITICA Y CRITICA DE 1844

Ese itinerario se inicia hacia 1840 en el área europea más afectada por el peso de las ideologías: la Alemania poshegeliana, sometida a la represión reaccionaria, históricamente atrasada y teóricamente superdesarrollada, que se veía reducida a pensar las realidades de otros países y que miraba hacia Francia e Inglaterra como tierras de la libertad y la razón (1). Alemania se había adentrado en un proceso de transformación agrícola como resultado de las reformas de principios de siglo, orientadas a liquidar la estructura feudal de la tierra, y había comenzado a recorrer las primeras etapas de la industrialización tras las guerras napoleónicas. En consecuencia, las ideas liberales ganaron adeptos con rapidez en suelo alemán durante las décadas siguientes, especialmente en las regiones más expuestas a la influencia francesa y con mayor impulso industrial —entre las que destacaba Renania-Westfalia, donde Marx nació y donde residió varios años durante su proceso de formación—. Pero el orden socio-político alemán era un muro contra el que se estrellaban los liberales, de modo que los deseos reprimidos de transformación política y social tendían a refugiarse en el ámbito de las ideas y a inspirar el proyecto de hacer de la filosofía un arma de combate contra la reacción y el irracionalismo.

A la muerte de Hegel (1831), su filosofía había adquirido una influencia dominante entre los intelectuales alemanes; y si bien era posible

utilizar esa filosofía para justificar el orden existente —como intentó, en algún momento, el Ministerio prusiano de Cultura—, también cabía denunciar la precariedad de los resultados obtenidos por Hegel en su esfuerzo por llegar a una transacción entre su racionalismo dialéctico y el sistema prusiano. Esta última fue la línea seguida por la denominada «izquierda hegeliana». Si se concebía la historia del mundo como un proceso en el que la actividad del Espíritu llevaba a la eliminación progresiva de los elementos irracionales y a hacer que lo concreto adoptase formas y contenidos crecientemente adecuados a la razón, parecía incoherente que Hegel hubiese limitado la tarea de la filosofía a registrar *ex post* la obra de la razón en el tiempo y que hubiese exaltado el presente atribuyéndole un valor absoluto que equivalía a intentar detener la marcha de la historia. Tal incoherencia era el punto crucial que destacaban los Jóvenes Hegelianos en su intento de adaptar el pensamiento de Hegel a las preocupaciones liberales. Los Jóvenes Hegelianos asumían el método del maestro y pensaban que si el desarrollo de las ideas determinaba el avance de la realidad, una crítica del presente podría contribuir a la marcha racional de la historia. La filosofía sería así una filosofía de la actividad práctica que, al oponer al ser del presente la realización de un deber ser en la historia, permitiría al hombre dirigir su destino (2). La crítica de las instituciones existentes como positivizadas e inauténticas situaba esta línea de pensamiento en el liberalismo político, aunque confiase el progreso de la historia a un avance esencialmente especulativo.

El reaccionarismo político alemán mostró, sin embargo, que ni siquiera estaba dispuesto a consentir una crítica especulativa de las instituciones y los dogmas vigentes. La subida al trono de Federico Guillermo IV (1840) determinó una limitación aún mayor de las libertades y un recrudescimiento de la censura que afectó duramente al hegelianismo. Esto provocó una radicalización política de los Jóvenes Hegelianos, quienes habían esperado una apertura liberal del sistema con la llegada del nuevo monarca prusiano. Y en ese desplazamiento hacia el radicalismo democrático, la izquierda hegeliana recibió apasionadamente la publicación de *La Esencia del Cristianismo* (1841) y el humanismo materialista de Feuerbach.

El idealismo de la filosofía crítica se había mostrado incapaz de transformar el mundo y Feuerbach rechazaba ese idealismo postulando un retorno a la naturaleza, que situaba al hombre concreto en el centro del cuadro, y desde el que denunciaba el pensamiento de Hegel como una gran construcción ideal que dejaba intacta la frustración del hombre en su realidad natural. Hegel había presentado al hombre como la revelación de Dios, que en el hombre se sentía alienado y en el hombre adquiría conciencia plena de su esencia y superaba su alienación. Feuerbach veía en esa doctrina una mistificación de la verdad humana, que podría, sin embargo, desvelarse mediante una crítica que invirtiese el sistema de Hegel. Y esa verdad consistía en que no es el hombre emanación de Dios sino Dios emanación del hombre; que no es Dios quien se enajena en el hombre sino el hombre quien se enajena en Dios; que el hombre es el sujeto y Dios el predicado en el proceso de pensamiento mediante el cual el hombre proyecta en Dios la suma de las cualidades de su especie. Feuerbach descubre así, en la inversión del pensamiento de Hegel, la religión como clave de la alienación humana. Dios es una creación del hombre en la que éste idealiza sus propias cualidades y pasa a adorarlas como ajenas con un sentimiento de carencia y frustración. La obra del hombre (Dios) se yergue frente a su creador como una potencia dominadora y extraña y el hombre vive ese mundo formal y fantático que ha forjado y que le frustra y humilla mientras olvida el mundo verdadero y concreto de su existencia real. Tal era el diagnóstico de Feuerbach sobre la enajenación humana y también el punto de partida para lograr la reconciliación del hombre; porque, cuando éste comprendiera su ilusión y despertara de su sueño religioso, dejaría de sentirse frustrado ante el ser superior, exigente y devorador, y podría desarrollar sus potencialidades buscando una vida plena en el mundo material de la convivencia humana.

La crítica de Feuerbach afectó profundamente a la izquierda hegeliana. Engels, en un artículo temprano, escribió: «Hasta ahora, el problema había sido siempre: ¿Qué es Dios? Y la filosofía alemana lo ha resuelto respondiendo: Dios es el hombre... Ahora podemos ordenar el mundo de un modo verdaderamente humano, según las exigencias de la naturaleza del



GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL
(1770-1831)

El pensamiento de Hegel contenía un idealismo filosófico extremo; pero, al mismo tiempo, su idealismo objetivo aspiraba a integrar un análisis de lo concreto en su visión global. Su obra puede leerse como un espejo oscuro que refleja la evolución conservadora de un pensador alemán que, al hilo de los problemas de su país y de su tiempo, se desplazó desde un entusiasmo inicial por la Revolución Francesa hasta una resignación con las estructuras sociopolíticas de la Restauración. Hegel consideraba la sociedad burguesa o sociedad civil como una conquista definitiva de la razón en la historia: era el sistema de las necesidades, cuyas leyes había enunciado la Economía Política; un sistema en el que los mecanismos del mercado generaban armonías de intereses pero donde persistían también conflictos y contradicciones. Por ello, había de ser superada en el nivel del Estado, momento supremo de la moralidad objetiva que representa la identidad de la voluntad universal y las voluntades individuales.

hombre, y resolver así el enigma de nuestro tiempo» (3). La verdad era, sin embargo, que el pensamiento de Feuerbach proporcionaba pocos elementos para ordenar el mundo a la medida del hombre, al menos si se entendía que tal ordenación había de desarrollarse en el plano de la sociedad y de la historia. Feuerbach publicó, en 1843, las *Tesis preliminares para una reforma de la filosofía*, un trabajo que se presentaba como continuación de *La Esencia del Cristianismo*, que aplicaba a la filosofía especulativa de Hegel el método inversor que ya había aplicado a la religión y que señalaba la necesidad de restablecer la relación correcta entre el hombre y el pensamiento, entendiendo este último como emanación de aquél y no al revés. Pero subsistía el problema de que el hombre concreto y sensible de Feuerbach carecía de dimensión histórica y los problemas sociales y políticos quedaban soslayados. En último término, Feuerbach permanecía en el plano del pensamiento, no formulaba crítica alguna a la vida real y no hacía propuestas para reformarla; creía suficiente establecer la conciencia correcta del hombre para que éste superase sus alienaciones y realizase la vida colectiva haciendo del amor a la humanidad la ley suprema de su vida. De este modo, la crítica de Feuerbach se mantenía en el ámbito de la filosofía y —como escribirían Marx y Engels, años después— se detenía en el hombre abstracto sin llegar al hombre de carne y hueso y activo, engranado en la máquina social en medio de unas circunstancias vitales que le hacen ser como es (4).

También Marx recibió la influencia de las ideas de Feuerbach, pero comprendió claramente sus limitaciones. Marx había dado por concluida su etapa de estudiante en 1842 y había vuelto a su Renania natal, donde pasó un año ejerciendo el periodismo como colaborador, primero, y editor, después, de la *Gaceta Renana*, un órgano de opinión de las clases medias y de sus intereses políticos y económicos que mantenía una orientación liberal y en la que aparecían, con frecuencia, artículos de tono radical. Esta actividad profesional obligó a Marx a seguir de cerca la vida política alemana, a interesarse por problemas relativos a los intereses materiales y a mantener una lucha continua con la censura para evitar el cierre del periódico; y esto le llevó, por otra parte, a distanciarse

cada vez más de los jóvenes hegelianos berlineses, a los que había pertenecido pero en muchos de los cuales encontraba una tendencia creciente a huir de la realidad y a adoptar posiciones radicales abstractas, exhibicionistas e inútiles, cuando no perjudiciales para el avance del reformismo liberal. Cuando Marx leyó las *Tesis preliminares* de Feuerbach, reaccionó con entusiasmo, aunque señalando que concedían demasiada poca importancia a la política. Por otra parte, esa lectura coincidió con el cierre final de la *Gaceta Renana* por la censura en marzo de 1843, hecho que determinó una radicalización de las posiciones políticas de Marx. En consecuencia, éste encontró oportunamente en el método inversor de Feuerbach la vía adecuada para abordar una crítica profunda de la filosofía política de Hegel, en la que se había formado.

En efecto, en sus artículos de la *Gaceta Renana* Marx se había mantenido dentro de la teoría hegeliana del Estado, aunque denunciando la tendencia y disposición de los propietarios a utilizar el sistema político en provecho propio, al tiempo que señalaba la necesidad de un poder legislativo que representase a todos los grupos sociales, de partidos políticos contrapuestos y de libertad de prensa para corregir tales desviaciones del modelo del Estado racional. Sin embargo, a partir del verano de 1843, cuando escribe el manuscrito conocido como *Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel*, Marx pasa a denunciar la teoría política hegeliana como una mistificación (5). Hegel había invertido la relación correcta de sujeto y predicado en su filosofía política: la familia y la sociedad civil son los presupuestos del Estado, pero en la especulación hegeliana la Idea aparece subjetivizada y los verdaderos sujetos —la familia, la sociedad civil— se convierten en momentos objetivos de la Idea; y Marx insiste en que el Estado no es la emanación de la Idea sino el producto de las actividades de los hombres actuando en sociedad. Para Hegel, el Estado representaba el desarrollo y la explicitación de los aspectos universales de la sociedad civil, cuyos elementos particularistas debería controlar; en consecuencia, entre la sociedad civil y el Estado podía haber tensiones pero no antagonismos básicos; y en esa relación armónica desempeñaba un papel importante la burocracia, educada en el conocimiento y la voluntad



LUDWIG FEUERBACH (1804-1872)

Estudió con Hegel en Berlín y desarrolló un violento ataque a la teología especulativa que, a su entender, impregnaba todo el pensamiento hegeliano. Frente a la tesis de la producción del mundo por el espíritu, Feuerbach afirmó que la Naturaleza es la realidad primaria y que el espíritu nace del hombre en cuanto ser natural y como la manifestación última y más elevada de la Naturaleza. El hombre es capaz de pensar seres infinitos y crea sus dioses de acuerdo con sus deseos y angustias. La comprensión de este hecho lleva a la reducción de la teología a la antropología como ciencia del hombre; y tal reducción permite comprender la realidad del hombre y liberar a éste de lo trascendente. El hombre de Feuerbach era, sin embargo, un ser abstracto. Marx recogió el método y la problemática de Feuerbach, pero los refirió al hombre como ser instalado en un contexto económico, social y político frustrador.

del interés universal y entregada al interés público. Marx ve, por el contrario, en su manuscrito de 1843, el Estado político y la sociedad civil como estructuras subordinadas a intereses particulares y como esferas separadas entre sí; y denuncia la burocracia como un grupo corporativo que, en vez de estar imbuido de valores universales, busca y defiende intereses propios. Marx propone, en fin, las reformas liberales y la introducción del sufragio universal como única forma de acabar con la separación entre el Estado político y la sociedad civil y de someter a los burócratas a un control público efectivo.

El verano de 1843 señala el comienzo de un período de dos años escasos en el que el pensamiento de Marx va a experimentar una rápida evolución. Retendrá de Feuerbach la problemática antropológica de la alienación, pero hará un esfuerzo por acercarse a la historia real que le llevará, a través de los niveles de lo político y lo social, a descubrir la raíz última de los males humanos en la esfera económica. Tal evolución puede presentarse como un proceso de reducción de las alienaciones siempre que se ponga en relación con la peripecia biográfica de Marx —su estancia en París desde octubre de 1843 hasta el traslado forzoso a Bruselas a comienzos de 1845; su contacto con la agitación social y el socialismo franceses; su encuentro decisivo con Engels en el verano de 1844, quien le proporciona información vivida sobre el industrialismo inglés en una fase de crisis—; con su inmersión, desde el otoño de 1843, en el estudio de la Economía Política y, en fin, con la modificación de sus ideas políticas, que, desde un racionalismo liberal, se mueven, a través del radicalismo democrático, hacia un comunismo político y social, primero, y social y económico, después. Al final de esta rápida evolución, Marx se adentra en otro período en el que sus esfuerzos van a orientarse a desarrollar un tratamiento científico de los problemas socioeconómicos íntimamente ligado a la crítica de la Economía Política clásica.

El punto de partida del proceso es la aceptación de la crítica de la religión en Feuerbach y la denuncia de la insuficiencia de tal crítica. Para Marx, la religión, en cuanto realización fantástica de la esencia humana, sólo sería reflejo de la falta de realización del hombre en su

vida política y social. La miseria religiosa sería expresión de la miseria real y, al mismo tiempo, protesta contra esa miseria real. La religión sería evasión, justificación y consuelo de una verdad político-social frustradora del hombre; sería un opio para el pueblo, el aroma espiritual de un mundo opresivo. Por ello, era ilusoria, a los ojos de Marx, la idea de Feuerbach de que la reconciliación del hombre pudiera lograrse mediante una crítica de la alienación religiosa. La crítica de la religión podía tener un valor educador y ser tomada como premisa de toda crítica; pero —escribía Marx— «el hombre no es un ser abstracto, agazapado fuera del mundo; el mundo es el mundo de los hombres, el Estado, la sociedad; y este Estado y esta sociedad producen la religión, una conciencia invertida del mundo porque ellos son un mundo invertido» (6). Y añadía: «Ahora que se ha desmascarado la forma sagrada de la alienación del hombre, la primera misión de la filosofía que se halla al servicio de la historia consiste en desmascarar esa alienación en sus formas no santas. La crítica del cielo se convierte en crítica de la tierra; la crítica de la religión, en crítica del derecho; la crítica de la teología, en crítica de la política» (7).

En consecuencia, Marx, ya instalado en París, vuelve a la crítica de la filosofía del derecho y del Estado de Hegel, que ya había abordado en el verano de 1843; pero ahora va a interpretar el problema de la separación entre el Estado político y la sociedad civil en relación con, y desde, la división de la sociedad en clases antagónicas y va a buscar, por tanto, la emancipación del hombre no en la esfera de lo político sino en el nivel de lo social.

En Hegel, el Estado aparecía como la forma suprema de la voluntad ética. La sociedad civil correspondía al sistema de necesidades, era la esfera de las relaciones privadas donde se enfrentaban los intereses particulares y donde existían mecanismos autorreguladores, pero donde se registraban también contradicciones y conflictos. Y el Estado era la mediación que permitía conciliar los intereses privados y el interés general a un nivel superior; que permitía superar la oposición entre burguesía y vida política, entre el individuo privado y el ciudadano. El Estado era la síntesis superior que conservaba en su seno a la sociedad burguesa; pero, siendo lógicamente superior a ésta, la sociedad

burguesa subsistía en su seno como su propio fenómeno, como un momento en la realización de la Idea. En apariencia, ambos momentos estaban separados; en la realidad profunda se daba la síntesis, la reconciliación.

Para Marx, esta construcción es una mistificación defensora de un contenido histórico que no está implícito en su proceso de deducción. Hegel ha invertido la realidad poniendo la Idea como sujeto de la historia en lugar del hombre social, absorbiendo la sociedad civil en el Estado, que es, de hecho, una manifestación de la sociedad civil. La presunta conciliación del hombre en la esfera del Estado mientras se conservan las contradicciones de la realidad social es, a los ojos de Marx, la forma de la alienación política del hombre. El Estado moderno, que es simple producto de la sociedad burguesa, es presentado por el pensamiento político idealista como la verdadera esencia del fenómeno social; se le atribuye la defensa de un «interés universal» cuando éste no es otra cosa que el disfraz que adoptan los intereses particulares de la clase instalada en el poder social para hacerse aceptables a toda la comunidad; se postula una independencia del Estado que no pasa de ser una ficción, porque el Estado moderno es hechura de la sociedad burguesa e instrumento de la clase dominante, que le utiliza para mantener la propiedad privada y la estructura social en que mantiene su supremacía. En el pensamiento político alienado, los males sociales, cuando son reconocidos, nunca se atribuyen a las instituciones y estructuras de la sociedad de las que el Estado es la expresión oficial. Se atribuyen, por el contrario, a leyes naturales que ningún poder humano podrá doblegar; a la mala disposición de los individuos en su vida privada, que es independiente del Estado —a los torcidos hábitos del pobre, al escaso cristianismo del rico—; a los defectos internos de la administración del Estado, que pueden corregirse mediante una reforma de su organización, o, en fin, al hecho de estar el Gobierno en manos del partido político contrario. Y aún los políticos radicales agotan su sentido revolucionario en propuestas para modificar la forma del Estado (8). La alienación política impide reconocer que la conciliación del hombre en la esfera de la política es siempre ficticia y que, puesto que los males sociales tienen su origen en la estructura de la sociedad civil, será en este nivel más profundo donde haya que



«LA GACETA RENANA», n.º 15, del 15 de enero de 1843

Marx, después de obtener el título de doctor (por la Universidad de Jena), volvió de Berlín a Renania-Westfalia en 1841. Pronto hubo de renunciar a una carrera universitaria a causa de sus ideas, de modo que decidió dedicarse al periodismo.

Renania-Westfalia había estado anexionada a Francia de 1795 a 1814 y se había beneficiado de las reformas económicas, administrativas y políticas de inspiración francesa. Además, su expansión económica, con la industria textil a la cabeza, era considerable. Así que se trataba de la región alemana donde tenían mayor arraigo las ideas liberales y los intereses burgueses.

El principal centro de actividad política y oposición liberal era Colonia; y allí, un grupo de liberales adinerados se hicieron con la *Gaceta Renana* e iniciaron una nueva fase de la publicación en enero de 1842. Pretendían que el periódico defendiese los intereses de las clases medias renanas —desde el principio de la igualdad de todos los ciudadanos ante la Ley hasta la unificación económica y política alemana—; y ello había de enfrentarse inevitablemente con el absolutismo prusiano.

Marx, que había entrado pronto en contacto con los grupos renanos de ideas más progresistas y que había adquirido una gran reputación entre ellos, comenzó a colaborar en la *Gaceta Renana* en los primeros meses de 1842 y asumió el puesto de editor-jefe en octubre. Bajo su dirección, el periódico, que prestó una gran atención a los problemas económicos y sociales, llegó a adquirir resonancia nacional y ello acarrió su muerte: el gobierno cerró el periódico, cuyo último número se publicó el 31 de marzo de 1843.

buscar y combatir las causas de las contradicciones humanas.

En el verano de 1843, cuando aún no había articulado su visión de la lucha de clases, Marx fiaba — como hemos visto antes— la realización del hombre a un radicalismo que, en la forma política republicana y mediante el sufragio universal, instaurase una democracia en la que el pueblo fuera verdaderamente soberano. Pero la marcha a París en octubre del mismo año puso a Marx en contacto con la sociedad burguesa, las luchas de clases y el movimiento obrero; y su reflexión sobre esa realidad le llevó a profundizar su entendimiento de los problemas sociales y a abrazar rápidamente la causa del proletariado.

Francia era un país de burguesía triunfante —tierra mítica para los liberales alemanes—. Pero en esa sociedad en la que el individualismo había visto un orden donde cada cual, buscando su propio interés, contribuiría a mejorar el bienestar general, Marx delata un sistema cuyo desarrollo no conduce al perfeccionamiento humano, denuncia una creación que el hombre contribuye diariamente a reproducir y que éste contempla, sin embargo, como un ente extraño que evoluciona con independencia de su voluntad, desbarata sus cálculos, condiciona sus actos y frustra sus esperanzas. En esa formación social de supuestas armonías, Marx ve un mundo de alienación, de explotación del hombre por el hombre y de radical escisión entre explotadores y explotados. Por ello, en su trabajo sobre la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, publicado en París, en los *Anales Franco-Alemanes*, en febrero de 1844, Marx afirmará que la emancipación humana sólo podrá realizarse mediante la abolición de la propiedad privada y la sociedad burguesa y que esa abolición sólo podrá lograrse como resultado de la acentuación de la lucha entre la burguesía y el proletariado y mediante la revolución proletaria final. La lucha entre las clases sociales es la verdad desgarrada que se quiere ocultar tras la conciliación ficticia en la esfera del Estado, que no es más que un instrumento en el desarrollo de esa lucha; pero, en opinión de Marx, la sociedad burguesa, al crear una escisión cada vez mayor entre las clases, crea también el instrumento redentor del hombre frustrado y dividido: el proletariado, la clase

que tiene carácter universal porque sus sufrimientos son universales, la clase que no puede emanciparse sin emancipar a toda la sociedad, la clase, en fin, que siendo la pérdida total del hombre, sólo puede redimirse mediante la redención total del hombre (9).

Lorenz von Stein, en su estudio sobre el desarrollo del socialismo y el comunismo en Francia, había descrito al nuevo proletariado emergente en la sociedad burguesa como una masa pobre y desposeída pero orgullosa, desafiante y rebelde frente a la sociedad que la generaba. Y von Stein, desde su posición conservadora, lo había denunciado como un elemento peligroso por su volumen y su probado valor, por su conciencia de unidad y su convicción de que sus objetivos sólo se lograrían mediante una revolución final. Marx ampliará los atisbos de von Stein y verá en el proletariado la gran amenaza de la sociedad burguesa (10): ésta —escribiría años después—, como el mago incapaz de conjurar las potencias infernales que ha evocado, forja en su seno las armas que le darán muerte y produce los hombres que las manejarán (11). El proletariado es el resultado del proceso de depauperación de las masas en la sociedad burguesa; mas, al propio tiempo, es una masa desposeída que se constituye como clase y asume su papel revolucionario mediante una toma de conciencia de su situación y de la necesidad de resolverla en cuanto contradictoria con la condición humana. Y es a través de la colaboración a esa toma de conciencia como ve Marx la integración de pensamiento y praxis y, por tanto, la contribución efectiva del pensamiento a la redención del hombre. La cabeza de la emancipación del hombre es la filosofía y su corazón es el proletariado (12). No resulta difícil encontrar aquí una trasposición de la filosofía hegeliana al terreno de la realidad social: Marx contempla una dinámica histórica en la que el hombre social alienado se presenta al proletariado, cuando se extreman las contradicciones, en una toma de conciencia creadora que conduce a la realización del hombre auténtico en la historia (13). Al mismo tiempo — como señala Cornu—, el proletariado aparece como el protagonista de un drama feuerbachiano del destino del hombre, que, caído en el último grado de la alienación, extrae de su exceso de privación la razón de la reconquista de su ser (14).

Marx, en sus artículos de los *Anales Franco-Alemanes*, aún concebía la lucha de clases de un modo esquemático, sin articularla sólidamente con el desarrollo económico capitalista. Y en el establecimiento de esa articulación Marx se vería precedido por Engels, quien estaba instalado en el observatorio privilegiado de Inglaterra desde 1842. «Viviendo en Manchester —escribiría Engels, años después—, me había dado de bruces con el hecho de que los fenómenos económicos, a los que, hasta entonces, los historiadores habían atribuido ninguna o poca importancia, son, al menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva; vi que esos fenómenos son el fundamento de los antagonismos de clase actuales y que estos antagonismos de clase, en los países en que están plenamente desarrollados gracias a la gran industria y, por tanto, especialmente en Inglaterra, constituyen, a su vez, la base de la formación de los partidos políticos, de la lucha entre los partidos y, por consiguiente, de toda la historia política» (15). Engels refirió, por tanto, el despliegue del antagonismo entre las clases al desarrollo económico capitalista; y, habiendo llegado a Inglaterra en los años de profunda crisis económica y de intensa agitación social correspondientes a la primera parte de la década 1840-1850, Engels creyó que la revolución proletaria inglesa estaba muy próxima, que toda revolución proletaria sería resultado del avance del sistema capitalista a través de contradicciones crecientes y que tal revolución lograría la emancipación del hombre destruyendo el sistema capitalista de producción. En su artículo *Esbozo de una crítica de la Economía Política*, publicado en febrero de 1844 en los *Anales Franco-Alemanes* —artículo que Marx calificó de genial—, Engels exponía una denuncia no sólo política y social sino también económica de la sociedad burguesa a partir de una crítica de las categorías de la Economía Política clásica (16). Las que eran, para los economistas clásicos, categorías naturales y eternas, sólo eran, para Engels, categorías históricas correspondientes al sistema capitalista dominado por la competencia. Y la competencia determinaba, para Engels, un sistema anárquico de producción que, a través de las crisis económicas y de un proceso de concentración de capital que enfrentaba con intensidad creciente a poseedores y proletarios, llevaría a la destrucción del capitalismo provocando una revolución

social. La revolución comunista proletaria resultaría del desarrollo mismo del sistema económico y, en consecuencia, Engels señalaba que el estudio de las contradicciones del capitalismo permitiría establecer la justificación científica, no meramente utópica y sentimental, de la revolución social.

La lectura del artículo de Engels y el encuentro personal con éste en agosto de 1844 fueron muy importantes para Marx, y no sólo como inicio de una amistad profunda y duradera (17). Marx había dedicado muchas horas, desde el otoño de 1843, al estudio de los economistas, de Quesnay a James Mill; pero Engels traía una vivencia directa del capitalismo inglés, potenciada por su capacidad de observación, y un conjunto de ideas que iban a pasar a formar parte del núcleo básico del pensamiento de Marx. Entre estas ideas destacan, primero, su visión del capitalismo como un sistema sometido a crisis periódicas de intensidad creciente que arruinan a los pequeños empresarios y engrosan el número de los trabajadores asalariados; segundo, la tendencia a la concentración de la propiedad en el sistema con la desaparición consiguiente de las clases medias; y, tercero, en fin, la importancia del avance científico y el progreso tecnológico para la reducción de la escasez y el logro de un volumen de producción capaz de satisfacer las necesidades humanas y hacer posible, con el tiempo, la abolición de la propiedad privada y el paso al socialismo. Todas estas ideas aparecen en el *Esbozo* publicado en 1844 (18). Por otra parte, Engels poseía dotes excelentes para los estudios sociales empíricos —como lo probaría en *La condición de la clase obrera en Inglaterra* (1845)— y puede decirse que de él aprendió Marx a utilizar la evidencia acumulada por las comisiones parlamentarias, el Registrar General y los inspectores de fábricas para profundizar en el funcionamiento del industrialismo (19). Es cierto, por lo demás, que Engels subrayaba, en el *Esbozo*, las obvias deficiencias de la teoría del valor-trabajo y la necesidad de atender a la utilidad de los bienes, junto con los costes de producción, para explicar su valor; y tamaña desviación de lo que había de llegar a ser la teoría ortodoxa del valor en el marxismo tal vez explique la negativa reiterada de Engels, en sus últimos años, a autorizar la reedición del temprano artículo que tanto había alabado Marx (20). En cualquier caso, la lectura de estos trabajos

de 1844 y 1845 obligan a aceptar, por lo menos —y Marx nunca concedió más—, que Engels llegó al materialismo histórico por su propio camino independiente.

El hecho es que Marx llegó a la convicción, en 1844, de que la raíz última de la alienación del hombre había que buscarla en la esfera económica y de que sólo un estudio profundo de la Economía Política permitiría comprender la naturaleza y el desarrollo del capitalismo así como las fuerzas que conducían a su sustitución necesaria por el socialismo (21).

El propio Marx ha descrito el camino lógico que le condujo al estudio de la Economía Política: A partir de su formación inicial en filosofía, historia y jurisprudencia, y a través de su estudio crítico de la filosofía del derecho y del Estado de Hegel, Marx concluyó que ni la normativa jurídica ni las formas estatales podían explicarse por sí mismas o por una pretendida evolución del espíritu humano; que hundían más bien sus raíces en las condiciones materiales de la vida que Hegel, siguiendo a los autores franceses e ingleses del siglo XVIII, comprende bajo el nombre de «sociedad civil»; y que era en la Economía Política donde convenía buscar la anatomía de la sociedad civil (22). Pero Marx mostró pronto su rechazo hacia aquella ciencia que, en su opinión, consideraba las relaciones de producción burguesas como categorías eternas, no explicaba el proceso histórico que las había hecho nacer (23) y pensaba que ya no había historia porque las leyes que enunciaba, naturales y eternas, regirían toda sociedad (24). Marx veía en la Economía Política una construcción ideológica que velaba la dinámica histórica y la alienación radical del hombre en el trabajo dentro del sistema capitalista; y consideraba que los economistas eran los representantes científicos de la burguesía (25). La Economía Política era la teoría del orden social dominante; y, al criticarla, Marx trataba de destruir una ciencia que, con apariencia de objetividad, explicaba los modos de obtención de riqueza produciendo miseria (26).

Marx aborda, por primera vez, la crítica de la Economía Política en los *Manuscritos* de París, de 1844. Se trata del borrador de un folleto que se integraría en un gran proyecto crítico del que sólo acabaría viendo la luz una parte —*El Capital* (1867)— de la obra dedicada a la

Economía. Marx utiliza en ellos la crítica de Feuerbach para invertir el idealismo hegeliano y buscar las raíces de la alienación del hombre en su vida real; mas, al propio tiempo, retiene de Hegel la visión del hombre como un ser activo que produce su propia vida mediante el trabajo; y es en el trabajo donde Marx encuentra la raíz de la frustración del hombre en el sistema capitalista. El tema central de los *Manuscritos* es el trabajo alienado, que cosifica las relaciones sociales, subordina el hombre al mundo de cosas que ha creado y le separa del producto de su trabajo y de su ser verdadero. La crítica de la Economía Política tiene así el carácter de una denuncia a partir de una problemática humanista desde la cual se la tacha de ocultar la alienación básica del hombre en el sistema capitalista y de presentar este modo de producción como necesario y acorde con la naturaleza del hombre y de las cosas.

Marx considera, en los *Manuscritos*, que «el punto de vista de Hegel es el de la Economía Política moderna» (27). La Economía Política ha concebido lo económico, desde Adam Smith, como una lucha del hombre con el medio a través del trabajo; y Hegel, por su parte, ha presentado, en la *Fenomenología del Espíritu*, su visión del hombre real como un ser activo que produce su propia vida mediante el trabajo. Sin embargo, Marx lee en Hegel una mistificación idealista del proceso humano del trabajo, puesto que la historia hegeliana de la enajenación y reconciliación del hombre aparece referida al trabajo mental, abstracto, y es tan sólo la historia de la producción del pensamiento especulativo. El trabajo del hombre crea un mundo objetivado, positivizado, que, a pesar de ser creación suya, se le opone e impone como algo exterior y le hace perder la condición de sujeto capaz de controlar su propio destino; y esa alienación, consustancial al hombre, se supera en la medida en que éste toma conciencia de que ese mundo objetivo es emanación de sí mismo.

Esta es, para Marx, «la mentira de todo el razonamiento de Hegel» (28), puesto que la frustración efectiva del hombre en la historia se traspone al plano de lo especulativo y se supera ilusoriamente en ese plano. Hay que volver del cielo especulativo a la tierra de la realidad humana; y Marx se propone hacerlo a partir de la concepción del hombre como un ser de necesidades cuya vida coincide con su producción,

con qué produce y cómo lo produce, y cuya frustración hay que buscarla en el trabajo social mediante el que produce y reproduce las condiciones de su vida material. La alienación del hombre ni es consustancial a su condición ni es eterna: surge de su trabajo en una formación socioeconómica concreta y desaparecerá con ésta en la historia.

El trabajo alienado aparece condicionado por la división del trabajo, el sistema de mercado y la propiedad privada, que separa al trabajador de su trabajo, del producto de su trabajo y de los medios de producción. El trabajo alienado separa al hombre de lo más específicamente humano: el trabajo creador. La actividad vital se degrada, al enajenarse, hasta convertirse en un simple medio de existencia (29). El hombre deja de ser el sujeto del proceso social para someterse al capital, que es el gran protagonista y, al mismo tiempo, la manifestación objetiva de la pérdida del hombre en el trabajo alienado; porque el trabajador produce el capital y el capital le produce a él, ya que sin capital no tiene trabajo ni el salario del que depende su vida física. La existencia del capital es su propia existencia (30).

La propiedad privada de los medios de producción significa la apropiación del producto del trabajo por el capitalista. Y, así, el producto del trabajo se opone al trabajador como algo ajeno y hostil. El trabajador encuentra que el trabajo —ya no voluntario, sino forzoso— no sólo produce bienes sino que, en la misma proporción, le produce a él como trabajador asalariado, como mercancía, y produce el capital, es decir, el poder autónomo y objetivo que le oprime. De este modo, la enajenación del hombre en el producto resume simplemente su enajenación en la misma actividad del trabajo (31).

Para el hombre que vive en la alienación capitalista, la reificación nacida de la relación de mercado es la realidad inmediata. Las relaciones interhumanas aparecen, a través del mercado, como relaciones entre cosas. Las mercancías, que son producto del trabajo humano, aparecen dotadas de una vida propia y ajena. Las relaciones sociales aparecen como relaciones reificadas entre personas y como relaciones entre cosas donde se ha borrado toda huella de su esencia fundamental: la relación entre

hombres. Se vive entonces en un mundo de objetividad ilusoria cuyo sistema de leyes, riguroso, enteramente cerrado y racional, domina al hombre. Este se siente apesadado por una realidad que es obra suya y en la que, sin embargo, no se reconoce. Y el hombre vitalmente empobrecido, mutilado, vive un mundo de mercancías, la cultura del tener o no tener. Se ha negado al hombre toda plenitud, y la propiedad privada nos ha hecho tan estúpidos —dirá Marx— que un objeto sólo es nuestro cuando lo poseemos, aunque la propiedad privada sólo reconoce las diversas formas de posesión como medios de vida y la vida para la cual son medios es la vida de la propiedad privada: trabajo y creación de capital. Así, todos los sentidos físicos e intelectuales han sido sustituidos por la simple enajenación de todos esos sentidos: el sentido de tener (32). Al hombre reducido a la extrema pobreza humana se le ofrece la riqueza degradante que se agota en la posesión de cosas o en la posesión de dinero, el objeto por excelencia que puede convertirse en todos los demás. Al hombre frustrado se le hace la gran oferta: «Cuanto menos seas, cuanto menos expreses tu propia vida, más tendrás, más enajenarás tu vida y más economizarás de tu ser enajenado. Todo lo que se te quita en forma de vida, se te devuelve en forma de dinero y de riqueza. Todo lo que tú no puedes hacer, lo puede hacer tu dinero» (33). Esta es la gran riqueza prometida al hombre: la riqueza basada en su degradación como hombre.

Y, sin embargo, tal es, para Marx, la gran promesa que la Economía Política hace al hombre como compensación de los «males necesarios» del capitalismo. La Economía Política permanece en la objetividad ilusoria de las relaciones reificadas sin intentar penetrarlas para alcanzar la realidad más profunda. La Economía Política se niega a ver que esa riqueza que promete está fundada en la degradación humana; se niega a reconocer que la devaluación del mundo humano aumenta en relación directa con el incremento de valor del mundo de las cosas; se niega a aceptar que en el plano de lo económico está en entredicho la totalidad de la significación del hombre. Por esto, la Economía Política es, para Marx, la representación científica de la burguesía: situada en la superficie de los fenómenos, no quiere ver en los males del hombre otra cosa que invencibles contradicciones enraizadas en la naturaleza humana;

no quiere aceptar la realidad de la alienación económica del hombre en el trabajo que es inseparable del sistema de propiedad privada; e ignora y oculta así que, siendo el capitalismo un fenómeno histórico, la enajenación básica, que es fuente de la pérdida del hombre, puede suprimirse en la historia derrocando el sistema capitalista e instaurando la sociedad socialista.

Tal es la sustancia del primer enfrentamiento de Marx con la Economía Política. Marx escribió en el Prólogo a los *Manuscritos* que no hacía falta asegurar al lector familiarizado con la Economía Política que sus conclusiones eran el fruto de un análisis totalmente empírico, basado en un estudio crítico de dicha ciencia (34). No se trataba, sin embargo, de una crítica de la Economía Política en sus propios términos, en sus categorías y en su sistema, sino su denuncia desde una filosofía humanista centrada en la problemática de la alienación. Lo empírico del análisis significa simplemente que parte de las necesidades materiales del hombre; pero hay un desplazamiento desde las categorías económicas a las antropológicas y, aunque aquéllas se utilicen ampliamente, los *Manuscritos* no pretenden desarrollarse en el nivel del conocimiento económico científico: la Economía se rechaza porque no reconoce el trabajo como trabajo alienado ni la esencia del hombre como esencia alienada en el sistema de producción capitalista (35). El avance hacia una crítica de la Economía Política en sus propios términos señala el paso final de Marx desde el humanismo ético de su juventud a la actitud científica de su madurez.

Es fácil, sin embargo, exagerar las discontinuidades entre el joven Marx y el Marx posterior. Althusser, por ejemplo, ha calificado las *Tesis sobre Feuerbach* (1845) y la *Ideología Alemana* (1845-46) de «obras de ruptura», en cuanto que contienen una crítica negativa de los anteriores supuestos teóricos de Marx y señalan un cambio de problemática que expresa la voluntad de Marx de depurar su pensamiento de todo elemento filosófico idealista. Según esta interpretación, la idea de alienación comienza a retroceder en los escritos de Marx hasta ser abandonada y las consideraciones sobre la realización de la naturaleza humana ceden ante el deseo de atenerse a un estudio científico de las relaciones socioeconómicas for-

jadas por la actividad práctica del hombre en la historia (36).

Más certera parece la interpretación que mantiene la persistencia de la temática de la alienación en la obra del Marx maduro (37). Hay, desde luego, un cambio de lenguaje, desde el propio de la filosofía hegeliana al de la Economía Política y, en consecuencia, una resistencia a la utilización del término «alienación» como filosófico. Pero persiste el tema de la alienación, ahora referido a unas estructuras socioeconómicas, sometidas a leyes, que se constituyen en los verdaderos actores del proceso histórico y que restringen la autonomía del hombre, quien, con su trabajo, produce y reproduce ese sistema social opresivo que le frustra y le impide ser dueño de su propio destino. El problema de Marx va a consistir en ofrecer una explicación científica de la articulación y la dinámica de esas estructuras que, en su avance, hacen retroceder la escasez y avanzar la opresión y de cuya eventual destrucción depende la liberación del hombre en su trabajo social y, como resultado, la desaparición de todas las formas de alienación.

También persistirán en el Marx de la madurez un conjunto de reducciones y simplificaciones capaces de empobrecer el entendimiento y la interpretación de la realidad en ámbitos tales como los fundamentos del sentimiento religioso, el condicionamiento social del pensamiento y la teoría del Estado y de la sociedad —ámbitos que, a pesar de su importancia, dejaremos a un lado para centrar la atención en las concepciones de Marx sobre el conocimiento social y la posición de lo económico en la estructura y la dinámica sociales, y examinar, finalmente, el contenido, los aciertos y las debilidades de la crítica madura de Marx a la Economía Política—.

El establecimiento definitivo de Marx en Londres en 1849 —tras los años itinerantes de Bruselas, Colonia y París— es la contrapartida biográfica del final del período de transición que le conduce desde los *Manuscritos* de París al esfuerzo por desarrollar el estudio científico de la estructura y la dinámica histórica del capitalismo en los términos de la Economía Política.

EL SOCIALISMO CIENTIFICO

La aproximación científica de Marx a la realidad social, en su obra de madurez, está inspirada en un deseo de integrar el pensamiento y la praxis. Marx intenta cooperar prácticamente a la transformación del mundo esclareciendo los factores socioeconómicos de la frustración humana, estudiando las estructuras sociales y sus leyes de evolución histórica, que constriñen al hombre y lo reducen a una condición pasiva, y colaborando así a la toma de conciencia y a la estrategia del proletariado que son necesarios para que éste aborde con éxito la revolución liberadora del hombre.

Marx consideró el socialismo como un movimiento políticosocial que aspiraba a implantar un sistema mejor de relaciones humanas, no como una escuela científica; pero juzgó necesario dotar de una base científica al movimiento socialista. La actuación revolucionaria del proletariado había de partir de la realidad social tal y como es, teniendo en cuenta las fuerzas que en ella actúan, que imponen drásticas limitaciones a la efectividad de la acción humana y que condicionan, en consecuencia, todo esfuerzo encaminado a su transformación. La sociedad no es un mecanismo manipulable según la libre decisión humana, sino una realidad con leyes y exigencias propias que se impone a los hombres que actúan en ella y señala distancias entre las aspiraciones transformadoras de éstos y lo que puede realmente hacerse de acuerdo con las posibilidades objetivas de una situación concreta. Proporcionar una base científica al socialismo, ofrecerle una visión correcta de la estructura y la dinámica del capitalismo y sacarlo así del ámbito de los simples argumentos humanistas o sentimentales era, para Marx, contribuir decisivamente al éxito del movimiento proletario; porque el advenimiento del socialismo era un problema de condiciones históricas objetivas, no de pronunciamientos a lo Blanqui.

Marx disculpaba que los teóricos del proletariado se hubiesen adentrado en el mundo de la utopía improvisando sistemas y corriendo tras una ciencia regeneradora del hombre cuando la sociedad burguesa no había desarrollado aún sus potencialidades y sus tensiones; pero con el

despliegue de la sociedad burguesa en la historia, las concepciones teóricas del socialismo habían de renunciar a todo arbitrio idealista para limitarse a expresar el movimiento histórico que se desarrollaba ante los ojos de los hombres (38). Sólo el estudio científico de la realidad, al aportar una comprensión de las relaciones sociales y de sus leyes, permitiría conocer las posibilidades objetivas de transformar esas relaciones de un modo consciente y proporcionaría al proletariado «la ventaja decisiva de comprender las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento obrero» (39).

Marx no creyó que su pensamiento desvelara una «verdad de clase». Su obra se proponía exponer la verdad objetiva, no una verdad socialista. Pero, en ese esfuerzo por captar la verdad científica de la realidad social, Marx atribuyó una posición privilegiada al proletariado en virtud de su especial inserción en la historia: primero, porque el proletariado se constituía como tal con el despliegue de la sociedad burguesa, es decir, con el avance de la forma social histórica más desarrollada y diferenciada, cuya comprensión esclarecería también la estructura de los tipos de sociedad anteriores a ella; y, después, porque sólo el proletariado, en cuanto ajeno a cualesquiera intereses parciales constituidos en el seno de la sociedad burguesa, estaría en condiciones de comprender esta última como forma social transitoria y no como etapa final y coronación de la historia (40). Los hombres siempre actúan socialmente desde representaciones acerca de la conexión interna de la sociedad y de los fines alcanzables en ella; pero esas representaciones son fenómenos sociales inmediatamente enraizados en la vida real de los hombres, que en ellas encuentra eco y reflejo (41). Las clases en lucha por alcanzar el poder social esgrimen siempre representaciones e ideas que, aunque ofrecidas como generales y objetivas, reflejan la parcialidad de sus intereses reales; y la clase social dominante en cada momento impone sus representaciones, que siempre interpretan las formas sociales anteriores como un simple preludio de aquella en la que detentan el poder. Por consiguiente, concluye Marx, sólo una clase social sin intereses particulares, cuyo objetivo no consista simplemente en sustituir en el poder a la clase dominante sino en establecer una sociedad sin clases, incorporará los intereses de toda la sociedad y podrá superar las

visiones parciales de los fenómenos sociales (42); y puesto que el proletariado es, para Marx, esa clase universal, sólo el proletariado puede alcanzar un conocimiento objetivo de la realidad social. Con el proletariado se da, por primera vez la posibilidad de que coincidan las representaciones de un grupo con el conocimiento científico de la sociedad y de la historia (43).

Toda investigación social ha de partir de una visión ideológica —entendiendo esta expresión en su sentido más amplio— que la inspire y oriente; y los resultados de la investigación no han de quedar, por ello, necesariamente comprometidos. Ahora bien: una posición que liga de un modo inextricable y privilegiado ciencia y filosofía social, conocimiento científico y actuación y perspectiva de un grupo sociopolítico, está expuesta al grave riesgo de que esa filosofía y esa voluntad política se erijan en guardianes llamados a preservar una ortodoxia frente a contradicciones, anomalías y críticas condenadas como errores y desviaciones. Marx pensó, sin embargo, que ese riesgo se conjuraría si el científico se abstenía de ordenar el material histórico a su gusto y exigía que las hipótesis explicativas propuestas permitieran describir los hechos tal y como se mostraran en la realidad (44). Pero esta apelación a la realidad en cuanto reguladora del valor explicativo del conocimiento científico no significaba, en Marx, una remisión al empirismo, al menos si éste se entendía referido al mundo aparente de los fenómenos inmediatos y diarios, considerados como dados, estables e independientes. La posición privilegiada del proletariado en relación con el conocimiento científico derivaba precisamente, en opinión de Marx, de que sólo desde un pensamiento crítico y revolucionario resultaba posible taladrar ese mundo fenoménico, aparentemente fijo, objetivo, natural y ahistórico y alcanzar su movimiento profundo, cuyo conocimiento sería la verdadera tarea de la ciencia. «Toda ciencia estaría de más —escribe Marx en *El Capital*— si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de éstas coincidieran directamente» (45). A pesar de lo que pueda argumentarse a partir de ésta y otras frases semejantes tomadas fuera de contexto, Marx no pretendía practicar un esencialismo que diera cuenta de los fenómenos a partir de un mundo más profundo de esencias. Marx se limitaba a afirmar que una visión que se atu-



FRIEDRICH ENGELS (1820-1895)

El encuentro de Marx y Engels en París, en agosto de 1844, fue decisivo para ambos. Engels era hijo de un rico industrial textil de Barmen, quien le envió, primero, a Bremen y, después, a Manchester para que adquiriese experiencia en los negocios. Engels se había desplazado pronto desde su formación fundamentalista inicial al mundo de ideas de los jóvenes hegelianos y, cuando llegó a Manchester, estaba ya imbuido de espíritu revolucionario. La experiencia inglesa fue decisiva para Engels, quien aportó al joven Marx un conjunto de atisbos cruciales para su concepción del capitalismo y la dinámica social. Engels, amigo entrañable y generoso, escribió: «A pesar de mis contribuciones, Marx hubiera podido pasarse sin mí. Yo nunca hubiera logrado lo que Marx consiguió... Marx fue un genio; los demás sólo teníamos, en el mejor de los casos, talento. Sin él, la teoría no hubiera sido lo que hoy es.» Aunque esto era verdad, la influencia inicial de Engels sobre Marx fue muy importante.

viese a la consideración de los fenómenos sociales como dados, estables e independientes, no sería capaz de ordenar adecuadamente esos materiales, descubrir sus conexiones internas y comprender rectamente las relaciones sociales. Se trataba de reinterpretar esos materiales sociales desde una visión dinámica y global que les otorgase su verdadero sentido. Marx admitía la posibilidad de observar y describir leyes y estructuras en el nivel de los fenómenos; pero negaba que, manteniéndose en ese nivel, fuera posible comprenderlos.

En efecto, para Marx, el mundo aparente de los fenómenos exteriores, de los objetos ligados por relaciones que se presentan como naturales; el mundo de la vida diaria que se refleja en el sentido común o pensamiento vulgar de los hombres es el mundo de lo pseudoconcreto, clarooscuro de verdad y engaño que oculta la realidad primaria del movimiento y el cambio en todos los planos de la existencia social, donde todo es un continuo devenir a través de las contradicciones. El mundo aparente de los objetos dados se resuelve, mediante un análisis profundo, en un complejo de procesos: los fenómenos y relaciones sociales que aparecen como estables, naturales e independientes del hombre pierden su fijeza para mostrarse, en profundidad, como productos de la acción humana en la historia y, por tanto, como transitorios, transformables y sometidos a la dinámica impuesta por las tensiones y los conflictos que son la fuente del avance histórico (46). En definitiva, la realidad social es dialéctica y sólo podrá ser adecuadamente interpretada desde un pensamiento dialéctico que, destruyendo las apariencias de lo pseudoconcreto, capte los fenómenos y las relaciones sociales como resultados de la acción humana y desvele su significado en su carácter histórico y en sus conexiones dentro de la totalidad en que se integran. Por esto —escribe Marx— «la dialéctica, reducida a su forma racional, provoca la cólera y es el azote de la burguesía y de sus portavoces doctrinarios: porque en la inteligencia y explicación positiva de lo que existe abriga, a la par, la inteligencia de su negación, de su muerte forzosa; y porque, crítica y revolucionaria por esencia, enfoca todas las formas actuales en pleno movimiento, sin omitir, por tanto, lo que tienen de percedero y sin dejarse intimidar por nada» (47).

Para Marx, la gran falacia del pensamiento burgués consiste en quedarse en la objetividad inmediata, en el nivel de unos hechos sociales aparentemente fijos y separados que conexiona mediante «leyes naturales» de la sociedad. Esa inmediatez desarticulada sólo puede alcanzarse arrancando los hechos sociales del conjunto de sus determinaciones reales, aislándolos artificialmente e ignorando la realidad de su devenir y sus posibilidades de desarrollo en la totalidad en que se insertan. Sólo las clases dominantes están interesadas en mantener esa confusión del pensamiento burgués porque, al atravesar el nivel de las formas aparentes y hacerse patente el movimiento real profundo, quedan en evidencia las mistificaciones del modo de producción capitalista y las ilusiones liberales y se derrumba la fe teórica en la necesidad permanente de lo que existe (48). Por esto cree Marx que el pensamiento dialéctico, crítico y revolucionario, es el pensamiento del proletariado y el único camino válido para abordar el estudio científico de lo social. El método dialéctico supera lo inmediatamente dado para conocer en la totalidad concreta la categoría fundamental de la realidad —una totalidad que no es simple totalización de sus elementos componentes ni una totalidad que domina sobre las partes, sino un todo estructurado que se despliega en el tiempo a partir de la actividad del hombre histórico— (49). La dialéctica proporciona así la inteligibilidad de la historia en cuanto proceso a un mismo tiempo complejo y unitario. «En un último análisis —señala Lukacs—, para el marxismo no hay ciencia jurídica, económica, política, etc. que sea autónoma; sólo hay una ciencia histórica y dialéctica, única y unitaria, del desarrollo de la sociedad como totalidad» (50).

En el pensamiento de Marx, la sociedad se configura como una realidad compleja de múltiples niveles, como una totalidad resultante de la articulación sistemática de numerosas esferas, cada una de las cuales posee su estructura propia y su propia autonomía relativa; y la historia de una sociedad aparece como un proceso total, complejo y discontinuo, montado sobre permanencias, contradicciones y rupturas, que es impulsado por las transformaciones necesarias para hacer compatible el funcionamiento de las varias esferas articuladas del sistema. Cada una de estas esferas responde a su propio ritmo, adapta a los requerimientos

de su propia estructura las transformaciones que requiere la coherencia de la totalidad y una de ellas, la esfera económica, ocupa una posición dominante en el movimiento del conjunto imponiendo ajustes a su propia dinámica.

Las totalidades sociales así estructuradas son el resultado de la praxis humana y avanzan y se modifican en el tiempo a través de las tensiones, incompatibilidades y reajustes que surgen de la acción recíproca de los hombres, especialmente en cuanto encuadrados en grupos y clases que incorporan intereses en conflicto. Al mismo tiempo, sin embargo, las estructuras sociales condicionan la actuación de los hombres, reducen sus alternativas y se desarrollan según leyes que no son el resultado intencional y deliberado de la acción humana (51). Sucede así que lo social, aunque sea el resultado de la praxis humana, limita las posibilidades de la vida y el pensamiento de los hombres.

Ahora bien: si el hombre no puede ser dissociado de su inserción social, las realidades resultantes de la interacción humana no podrán explicarse a partir del hombre considerado en aislamiento. Tal es la raíz de las críticas que Marx dirige contra las «robinsonadas» de los economistas. Estos pretenden, con frecuencia, desvelar las leyes del orden económico a partir de la psicología y el comportamiento del *homo oeconomicus* representativo de la naturaleza humana y ejemplificado por Crusoe en la soledad de su isla. Sin embargo, señala Marx, ese actor independiente que se intenta representar por Crusoe está muy lejos de cualquier «naturalismo»: es el hombre del individualismo, un producto histórico de la disolución de la sociedad feudal y del avance de las nuevas fuerzas productivas surgidas a partir del siglo XVI; es el hombre del capitalismo, un sistema que ha supuesto, paradójicamente, la socialización integral de la vida humana y la supresión de todo residuo natural. Presentar ese hombre históricamente configurado como expresión de la naturaleza humana para desvelar las leyes económicas a partir de la psicología que inspira su comportamiento equivale, para Marx, a intentar deducir como naturales e intemporales unas leyes condicionadas a una fase social histórica y pasajera; contemplar ese hombre en aislamiento, sin prestar atención a las relaciones sociales en que se inserta y que le explican en su

presentación histórica, equivale a renunciar a comprender el significado y el movimiento profundo de la sociedad capitalista (52). La acción social de los hombres es siempre acción colectiva e interrelacionada. Y el desarrollo de la sociedad burguesa, que implica la plena secularización y socialización de la vida humana, pone en evidencia, según Marx, que el fundamento de la vida real del hombre en cuanto ser social es su actividad productiva expresada en el trabajo. La sociedad capitalista, que es la sociedad del hombre productor y que tiene su fundamento material en la universalización del trabajo —un trabajo abstracto, cuantificado y homogeneizado—, permite al hombre comprender con claridad que el trabajo es la categoría decisiva para abordar la historia profana del hombre y poner fin a las historias idealistas y sagradas (53).

Desde esa circunstancia histórica privilegiada, Marx señala que la sociedad no es una creación artificial sino una entidad natural cuyo hecho primordial estriba en la producción por el hombre de los medios destinados a satisfacer su vida material. El hombre ha de vivir y, para vivir, ha de satisfacer sus necesidades mediante el trabajo productivo que le lleva a cooperar y a entrar en relaciones de producción con otros hombres. La organización social brota de los individuos, no según ellos mismos se conciben, sino según son realmente, es decir, según producen materialmente (54). Las interpretaciones idealistas de la sociedad y de la historia ofrecen una visión invertida de la realidad; porque no es el pensamiento quien determina la vida sino la vida quien determina el pensamiento, y el primer hecho de la vida del hombre radica en la producción de los medios con que ha de sostenerse materialmente (55). El trabajo es una actividad que manifiesta el poder de creación del hombre, un proceso que humaniza la naturaleza; pero, al propio tiempo, el trabajo es el factor primordial de la articulación y el desarrollo sociales: el hombre deja de ser una criatura de la naturaleza y se convierte en un ser social porque ha de trabajar y porque trabaja produciendo en cooperación con los demás hombres; y el desarrollo social aparece impulsado por el avance de las fuerzas productivas y de las relaciones crecientemente complejas en que entran los hombres con motivo de la producción y por las tensiones y reajustes entre las exigencias de aquellas fuerzas productivas y el

rialismo histórico como la atribución a los factores económicos de un papel decisivo *en última instancia* en la configuración de lo social mantiene el problema en las nieblas de la imprecisión. El papel determinante asignado a los factores económicos en el materialismo histórico puede ser objeto de una interpretación «fuerte»; pero el determinismo resultante se ve entonces refutado por la evidencia disponible. Y las interpretaciones «débiles» —incluida la propuesta por Engels— implican una pérdida de precisión y de interés explicativo de la teoría, aunque sean las únicas que cabe retener ante las exigencias de la realidad observada.

Marx otorga, en cualquier caso, una posición dominante a los factores económicos en su entendimiento de la sociedad como una totalidad dinámica y sistemáticamente articulada; y, en consecuencia, centra su atención en el estudio de la esfera económica. Tal estudio tratará de desvelar la estructura que articula los elementos componentes de dicha esfera; las posiciones relativas de esos elementos —por ejemplo, la posición dominante de la producción respecto de la distribución, el intercambio y el consumo—; qué elementos estructurales son invariantes y cuáles otros han de adaptarse en ordenaciones compatibles con aquéllos; qué leyes evolutivas cabe esperar en la esfera económica; qué adaptaciones se pueden prever en la totalidad social como resultado de la dinámica de esa esfera dominante y, en fin, qué tensiones insuperables mediante simples adaptaciones hay que esperar a partir de la dinámica de dicha esfera y en qué medida su acentuación previsible en el tiempo puede provocar una transformación de la estructura del conjunto social —así, la creciente contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el sistema capitalista—. El estudio de los factores económicos permitirá a Marx, en definitiva, profundizar en el funcionamiento y la dinámica de unas estructuras dominantes que, aunque son resultado de la acción humana, aparecen como protagonistas de un proceso en el que el hombre se ve reducido a desempeñar papeles condicionados y limitados. Y la historia encuentra así un argumento fundamental en el proceso de despliegue, maduración y superación de los modos de producción.



MANIFIESTO COMUNISTA, 1848

Pocos meses después del cierre de la *Gaceta Renana*, Marx, ya casado, sale de Alemania y se instala en París, donde residirá hasta que, en febrero de 1845, sea expulsado de Francia bajo la presión del Gobierno prusiano. Marx se instala en Bruselas, donde permanecerá hasta marzo de 1848.

En 1847 se organiza en Londres la Liga Comunista. Marx y Engels asisten al segundo congreso de la Liga (noviembre de 1847, Londres) donde exponen con éxito sus ideas sobre el socialismo científico —frente al socialismo utópico— y reciben el encargo de redactar un manifiesto. El *Manifiesto Comunista*, obra esencialmente de Marx, se redacta en Bruselas y ve la luz en Londres, en febrero de 1848. Pocos días después, Marx es expulsado de Bélgica. Tras estancias en Colonia y París, el triunfo de la contrarrevolución le llevará a fijar definitivamente su residencia en Londres.

contenido de estas relaciones de producción. El trabajo productivo posee una significación central en la generación de la realidad humana y la economía aparece, por tanto, como una estructura fundamental de las relaciones sociales. Esta es la verdad que pone claramente de relieve el despliegue de la sociedad burguesa y que proporciona un punto de partida nuevo y decisivo para abordar el estudio no sólo de esa sociedad sino de las formas sociales que le precedieron en la historia. Las fuerzas productivas y las relaciones de producción constituyen el modo de producción, que lleva aparejadas ciertas formas de cooperación y que determina la estructura económica de la sociedad; y esa estructura económica es la base real sobre la que se alzan una superestructura política y jurídica y unas formas de conciencia social condicionadas por aquella estructura y por su dinámica histórica. En consecuencia, todos los hechos de la vida social histórica deberán ser estudiados en conexión con las condiciones de la producción material: tal es la afirmación básica del materialismo histórico propuesto por Marx como una nueva aproximación al estudio y la interpretación de la historia (56).

Cuando esta aproximación se integra con la visión dialéctica de la sociedad, resulta que las diversas esferas que se articulan sistemáticamente en las totalidades sociales no tienen la misma importancia relativa. Hay, entre ellas, relaciones de subordinación, aunque cada una mantenga grados de autonomía; y el materialismo histórico otorga una posición dominante a la esfera económica en la conformación y la dinámica del conjunto.

Qué alcance haya que atribuir, en el pensamiento de Marx, a esa posición dominante otorgada a lo económico dentro de su visión dialéctica de las totalidades sociales, es algo abierto a discusión y que ha sido objeto, de hecho, de largas polémicas. Desde quienes interpretan el materialismo histórico como una visión monista de la historia y leen en Marx un determinismo económico hasta quienes prefieren interpretarlo como una llamada de atención a la importancia social de los factores económicos, hay una amplia gama de posiciones que delatan, ante todo, la ambigüedad con que está tratado el tema en la obra de Marx.

Los textos habitualmente utilizados en estas polémicas son bien conocidos. Hay, desde lue-

go, pasajes de la *Ideología Alemana* (57), la *Miseria de la Filosofía* (58), *El Manifiesto Comunista* (59) y la carta de Marx a Annenkov de 28 de diciembre de 1846 (60) que, con el prólogo a la *Crítica de la Economía Política* (61) y algunos párrafos del *Capital* (62), pueden servir de fundamento para atribuir a Marx un determinismo económico, según el cual, las condiciones de la producción material actuarían unidireccionalmente sobre los demás niveles de la vida social, quienes apenas retendrían grado alguno de autonomía. Sin embargo, en esos mismos pasajes se encuentran, a veces, cualificaciones que cabe interpretar como la aceptación de ritmos propios en las otras esferas sociales e incluso como el reconocimiento de la actuación de estas últimas sobre las condiciones de producción. Hay, por otra parte, un conjunto de textos de Engels (63), posteriores a la muerte de Marx, que se esfuerzan por limar afirmaciones demasiado aristas de obras anteriores, a las que se justifica por la necesidad de subrayar una posición básica en el calor de la polémica; textos que admiten importantes grados de autonomía de las diversas esferas de la vida social respecto de las condiciones de producción; que aceptan la influencia de los elementos de la superestructura sobre las luchas históricas e incluso les reconocen un papel preponderante ocasional en la conformación de esas luchas; textos, en fin, que subrayan la idea de interrelación entre los distintos ámbitos sociales y que rechazan una causación unidireccional desde los factores económicos aunque afirman que éstos son, en último término, decisivos en la configuración de lo social. Para Engels, ésta es la interpretación correcta del materialismo histórico, como lo probaría la aplicación que Marx hizo del método a la situación concreta estudiada en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

Pero el *18 Brumario* no puede presentarse como ejemplo de aplicación nítida de un método preciso; es, más bien, una muestra del insuficiente desarrollo de la teoría política de Marx —insuficiencia que cabe imputar, a su vez, al temor de Marx a verse abocado a «conclusiones indeseables» que implicaran una puesta en cuestión de sus generalizaciones sobre el papel de la estructura económica en la conformación de la superestructura política y en la adscripción de estrategias a los distintos grupos sociales— (64). Y la interpretación del mate-

Marx no veía en la historia una sucesión rígidamente predeterminada de los modos de producción; es decir, no creía que cada sociedad hubiera de vivir la misma secuencia de etapas, cada una de las cuales fuera resultado inevitable de la anterior y condición necesaria de la siguiente. No pensaba, por ejemplo, que la Rusia zarista de su tiempo estuviera abocada a vivir la etapa del desarrollo capitalista como condición inexcusable de la revolución social; aceptaba que tal vez existiese un atajo, aunque dudaba —como Engels— de que, sin un capitalismo industrial previo, una eventual revolución pudiera conducir a Rusia al socialismo. Ahora bien: Marx insistía en que si Rusia o cualquier otra sociedad se adentraban en el sistema capitalista, tendrían que someterse a las leyes inexorables de éste (65). El capitalismo, sus estructuras y sus leyes de evolución son el objeto central de los estudios económicos de Marx a partir de la experiencia de la Europa occidental y, especialmente, de Inglaterra; las contradicciones crecientes del sistema y su derrumbe final bajo la presión de la revolución proletaria son la referencia última de su obra.

Marx participó del clima científicista de su tiempo y concibió el movimiento de las sociedades como un proceso histórico-natural regido por leyes independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres (66). En el prólogo a la primera edición del *Capital*, Marx escribió:

«Lo que nos interesa aquí no es el grado mayor o menor de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesan más bien estas leyes en sí mismas, estas tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad... Aunque una sociedad haya encontrado el rastro de la ley natural con arreglo a la cual se mueve —y la finalidad última de esta obra es, en efecto, descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna—, jamás podrá saltarse ni descartar por decreto las fases naturales de su desarrollo. Podrá únicamente mitigar y acortar los dolores del parto» (67).

El contenido científico de la obra madura de Marx se centra en el conocimiento de esas leyes estructurales inherentes al despliegue del modo de producción capitalista en el tiempo. Se trata de tendencias que se imponen de modo inexorable, «aunque en su aplicación se vean

modificadas por una variada gama de circunstancias» (68) —avances científicos, lucha entre las clases antagonistas, etc.—; tendencias que expresan las contradicciones crecientes del sistema y que desempeñan un papel básico en la dinámica social en la medida en que la esfera económica ocupa una posición dominante en el conjunto. Sin embargo, esas leyes tendenciales no impulsan la sociedad de un modo mecánico hacia el colapso final del capitalismo y su sustitución por el socialismo. El paso del capitalismo al socialismo supone una ruptura; y esa ruptura será el fruto de una acción política revolucionaria, no del simple avance de las leyes económicas del capitalismo. El despliegue de éstas favorecerá, en opinión de Marx, la rebeldía y la disciplina de un proletariado en continuo crecimiento; pero la revolución sólo será inevitable si se hace que lo sea mediante la acción política.

Marx pensaba que la historia humana no es el resultado de la necesidad sino de los esfuerzos y la lucha de los hombres; pero insistía, al mismo tiempo, en las restricciones estructurales que condicionan esos esfuerzos y esas luchas. La realidad social obedece a leyes que no determinan de un modo mecánico lo que sucederá en el futuro; pero el conocimiento de esas leyes permite precisar lo que es posible y lo que es imposible en cada situación concreta y evitar, por tanto, que los esfuerzos por transformar la sociedad se pierdan en un voluntarismo inútil. Para Marx, el gran error de Bakunin era que veía en la voluntad, no en las condiciones económicas, el fundamento de la revolución social. Marx creía que la abolición del modo de producción capitalista no sería posible antes de que se hubieran creado, en el curso de la historia, las condiciones materiales que la hicieran necesaria; y pensaba que la instauración de la nueva sociedad socialista sólo sería posible cuando el desarrollo de las fuerzas productivas hubiera generado un potencial suficiente de satisfacción de las necesidades materiales (69). Así que la voluntad revolucionaria era necesaria para provocar el colapso final del sistema; pero los esfuerzos revolucionarios anteriores a la maduración de las condiciones objetivas resultarían prematuros.

Conocimiento científico y voluntad política se presentan así, en el pensamiento de Marx, en una combinación inestable capaz de generar

graves dificultades (70). Las contradicciones no se harán patentes mientras se espere un colapso muy próximo del sistema —como esperaba Marx, para los países de Europa occidental, en los años cuarenta—; pero adquirirán creciente relevancia, en los países avanzados, si el horizonte de la catástrofe retrocede indefinidamente en el tiempo —como ocurrió en las décadas de expansión económica de la segunda parte del siglo— y estarán siempre presentes en los países atrasados.

En los países avanzados, cuando las condiciones objetivas aún no señalan la hora de la revolución, Marx encomienda a los partidos socialistas la tarea de obtener del sistema las mejores condiciones posibles para los trabajadores. Hay margen para la lucha, la resistencia y los éxitos parciales; pero no cabe hacerse ilusiones: el sistema cumplirá su destino de explotación y lo importante es que el proletariado mantenga viva su conciencia de que en el proceso están operando las fuerzas que conducirán a la desaparición del capitalismo y su sustitución por el socialismo. La dificultad radica en que si el sistema se mantiene en funcionamiento, el colapso se aplaza indefinidamente y los trabajadores logran mejorar sus condiciones de vida —a través, en parte, de su lucha—, existe el peligro de que el proletariado tienda a perder su conciencia revolucionaria y a integrarse en el sistema. El socialismo puede encaminarse entonces hacia el reformismo democrático o adoptar una actitud voluntarista, crítica y revolucionaria; pero, en ambos casos, se reduce la relevancia del marxismo científico y sus leyes de evolución del capitalismo.

En los países atrasados, por su parte, donde la maduración de las condiciones objetivas favorables a la revolución podría requerir de los partidos socialistas incluso un apoyo a la burguesía para consolidar e impulsar el capitalismo, la condena por Marx de los esfuerzos revolucionarios como voluntaristas y prematuros no podía ser aceptada con facilidad. De hecho, la posición de la clase dominante en esos países era precaria, más débil que en las sociedades capitalistas avanzadas y, en consecuencia, era inevitable que una parte, al menos, de los socialistas prestaran poca atención al tema de la maduración de las condiciones objetivas, señalaran las oportunidades abiertas a la revolución y pensarán que sólo el éxito o el fracaso

de ésta permitiría decidir *ex post* si el momento elegido era oportuno o no lo era.

Hay aquí un potencial de contradicciones que sería inútil ignorar porque están en la base misma del pensamiento de Marx: en su deseo de integrar ciencia y praxis; en su atribución de un papel protagonista a las estructuras socioeconómicas que limitan y condicionan la acción social y en su simultánea insistencia en la importancia decisiva del esfuerzo humano por mejorar su destino. La historia del marxismo es, en buena medida, la expresión de esas contradicciones.

LA ECONOMIA POLITICA Y EL CAPITALISMO

Marx se acerca al capitalismo, en su obra de madurez, en busca de la estructura que subyace a su organización aparente y del movimiento real que se oculta tras las formas superficiales en las que está atrapada la Economía Política burguesa.

Esta ciencia ha extraído los mecanismos económicos del capitalismo de su contexto sociohistórico y, al hacerlo —piensa Marx—, ha renunciado a comprender y ha contribuido a ocultar la realidad profunda del sistema. El economista burgués ve en el capitalismo un gran aparato productor de bienes destinados a satisfacer las necesidades humanas, que avanza en el tiempo ampliando la riqueza entendida como un fondo inmenso de mercancías dotadas de valor de uso. El fin último de toda producción es el consumo —afirma el economista burgués—; y el mercado se encarga de asignar los recursos productivos, de modo que las necesidades humanas resulten satisfechas del mejor modo posible dentro de las limitaciones básicas de toda economía. Las demandas que expresan esas necesidades presionan sobre los mercados y orientan las decisiones de los empresarios-capitalistas. Estos contratan mano de obra en el mercado libre de trabajo, proporcionan a esa mano de obra los medios de producción y, en su caso, los agentes naturales necesarios y dirigen esa conjunción de factores productivos de la que brotará el flujo de mer-

cancias destinadas a satisfacer las necesidades del público. La tensión entre la oferta y la demanda determina en los mercados unos precios de equilibrio que permiten al empresario eficiente reponer los medios de producción consumidos, retribuir a los factores participantes en el proceso productivo, es decir, pagar salarios a los trabajadores y rentas a los propietarios de los agentes naturales, y retener un beneficio. A cada fuente de servicios productivos corresponde así una clase de rentas cuya suma total determina los ingresos de la colectividad por período; y el público, con cargo a esos ingresos, ejercita su demanda de consumo y genera el ahorro que, al financiar la acumulación de capital, permite ampliar la escala de producción de mercancías en el tiempo. Tal es el esquema básico de los mecanismos capitalistas que presenta la Economía Política y que, en opinión de Marx, oculta y aún invierte el contenido real del sistema.

Marx admira la capacidad del capitalismo para renovar continuamente los métodos de producción y reconoce que la burguesía ha creado, en menos de un siglo, un potencial productivo superior al generado por el conjunto de las generaciones precedentes (71). Sin embargo, Marx denuncia, al mismo tiempo, el sistema como un mecanismo gigantesco de explotación. El capitalismo no busca la satisfacción de las necesidades humanas ni produce, por tanto, los bienes en cuanto portadores de un valor de uso; sólo persigue la generación de beneficios y, en consecuencia, sólo está interesado en la producción de bienes como mercancías dotadas de un valor de cambio. Y puesto que el valor de cambio surge en la esfera de la producción, es en ésta donde, según Marx, hay que descubrir el modo en que los propietarios de los medios de producción proceden a la explotación organizada de la gran masa de hombres formalmente libres que sólo poseen su fuerza de trabajo. Pero ésta es la verdad profunda que los economistas burgueses niegan: por una parte, invierten la realidad, porque proponen el consumo como fin de toda producción, tratan el beneficio como generado en la esfera de la distribución y ocultan la posición dominante de la producción en cuanto escenario de la explotación y fuente de beneficio; y, por otra parte, presentan la producción como un proceso aislado, sustraído a su inserción sociohistórica y sometido a leyes natu-

rales, de modo que queda oculta la explotación como fenómeno que ha de ser explicado a partir de las relaciones sociales en que entran los hombres con motivo de la producción. La distinción de J. S. Mill entre una esfera de la distribución sometida a leyes humanas y modificables y una esfera de la producción dominada por leyes naturales e independientes de la historia es un buen ejemplo de la actitud de los economistas burgueses (72). Para Marx, una Economía Política que aspire a comprender la realidad ha de ser concebida, por oposición al pensamiento burgués, como «una ciencia de las relaciones sociales de producción en condiciones históricamente determinadas» (73).

En sistemas anteriores, caracterizados por la esclavitud o el feudalismo, los mecanismos coactivos de explotación de los trabajadores eran obvios. Sin embargo, en el sistema capitalista, donde los hombres son formalmente libres, donde los intercambios ocurren voluntariamente en mercados sin coerción y todas las mercancías —incluida la fuerza de trabajo— se cambian por su valor, la explicación de los mecanismos de explotación presenta mayores dificultades. Marx necesita construir una teoría de la explotación capitalista y lo hace a partir de la teoría del valor-trabajo tomada de David Ricardo.

Marx busca una teoría del valor que explique el valor de cambio de cada mercancía en base a una propiedad objetiva de la misma; que haga posible, a partir de tales valores, homogeneizar mercancías heterogéneas y utilizar agregados de las mismas; y que permita determinar tales agregados antes de entrar en el problema de la distribución del producto, de modo que el valor del agregado a distribuir sea independiente de las cuotas distributivas. En tales condiciones, dado el valor del producto, las clases sociales que participen en su reparto aparecerán como antagónicas, puesto que un aumento del valor apropiado por una de ellas implicará una reducción del valor que las otras puedan apropiarse.

La teoría del valor-trabajo cumple estos requisitos. Si se propone el trabajo como única fuente de creación de valor, el elemento común a todas las mercancías consistirá en ser productos del trabajo; y mientras el valor de uso de una mercancía refleja las características específicas que la hacen capaz de satisfacer las

necesidades humanas, su valor en cambio, expresión de lo que tiene de común con las demás mercancías, vendrá determinado por la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción.

La teoría del valor-trabajo así planteada implica, además, una teoría de la explotación ligada a la reducción de las clases antagónicas a dos: capitalistas y trabajadores. Porque si el trabajo es el origen de todo valor, el ejercicio de la fuerza de trabajo debería ser la única forma de adquirir un derecho sobre el producto neto del sistema; y si los capitalistas se apropiaban de una parte del valor generado, esa apropiación implica, por definición, una expropiación de los trabajadores basada en alguna forma de coerción.

Esa coerción aparece ligada a unas relaciones sociales de producción que son el resultado de un desarrollo histórico anterior, conocido como «proceso de acumulación primitiva», que ha llevado a la separación de los trabajadores respecto de los medios de producción. Por ello, los trabajadores formalmente libres se ven obligados a acudir al mercado y vender su fuerza de trabajo a los capitalistas para subsistir. Estos últimos monopolizan los medios de producción, necesitan fuerza de trabajo para producir y están dispuestos a adquirirla en el mercado por su valor; pero la situación de sumisión de los trabajadores permite a los capitalistas desarrollar unas estructuras técnico-organizativas de producción capaces de obtener de la fuerza de trabajo un valor superior al valor de adquisición de la misma.

El valor de la fuerza de trabajo vendrá determinado, como el de cualquier otra mercancía del sistema, por la cantidad de trabajo socialmente necesario para su reproducción, es decir, para producir los bienes de consumo que requiere su mantenimiento. Marx aceptó que la lucha de clases afectaría al salario real; pero pensó que éste bascularía siempre hacia un nivel de subsistencia —entendido en un sentido no estrictamente biológico—. La demanda de fuerza de trabajo que el sistema sería capaz de ejercer en cada momento a partir de los medios de producción existentes y la tecnología utilizada tendería a dejar sin empleo a una parte de los trabajadores disponibles; y ese exceso de oferta de trabajadores, conocido como «ejér-



KARL MARX, 1861

Esta es la primera fotografía conocida de Marx. Después de varios años intinerantes y agitados, el establecimiento definitivo de Marx en Londres, en agosto de 1849, abre un período de estudio reposado —aunque acosado por dificultades económicas— y dedicado principalmente a la Economía Política. En 1851 Marx se dispone a escribir una gran obra de Economía en tres volúmenes (*Critica de la Economía Política, Socialismo e Historia de la Economía Política*). Pero el proyecto se demora. En 1857 vuelve a la redacción del primer volumen proyectado y los manuscritos conservados (conocidos como *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie*) contienen la primera elaboración de la teoría madura de Marx que iba a expresarse definitivamente en el *Capital*.

cito de reserva industrial», se ocuparía de presionar el salario hacia el nivel de subsistencia.

La posición dominante de los capitalistas, en un mundo de igualdades meramente formales, les permite obtener de la fuerza de trabajo adquirida una cantidad de trabajo y, por tanto, un valor superiores, respectivamente, al trabajo incorporado a los medios de subsistencia de los trabajadores y al valor por el que estos últimos han sido retribuidos mediante el salario. En la medida en que ocurre esto, los capitalistas se apropian de una parte del valor creado por los trabajadores. Ese excedente de valor apropiado es la «plusvalía», que, como la expropiación de la que es expresión, corresponde al ámbito de la producción y surge en las relaciones sociales que se desarrollan en dicho ámbito. Los medios materiales de producción se convierten en capital cuando son monopolizados por una parte de la sociedad y se enfrentan al trabajo asalariado (74); la supuesta productividad del capital consiste en su capacidad para extraer trabajo no retribuido; y la producción capitalista no es tan sólo producción de bienes sino, ante todo, producción de plusvalía mediante la explotación del trabajo asalariado por el capital (75).

La teoría del valor-trabajo ha desempeñado así las funciones que Marx le exigía: ha ofrecido una teoría del intercambio, según la cual las mercancías tienden a cambiarse en proporción a sus valores-trabajo, y ha fundamentado, además, una teoría de la explotación. Y lo ha hecho a partir de las relaciones sociales que subyacen al mundo de las mercancías, un mundo de formas fantasmagóricas —dice Marx— donde los productos del trabajo humano adquieren vida propia y se relacionan entre sí ocultando las relaciones humanas básicas (76). El valor y la plusvalía pertenecen, para Marx, a un nivel esencial y, a la vez, invisible bajo los fenómenos capitalistas superficiales de los precios y los beneficios.

Marx se siente, sin embargo, obligado a pasar de uno a otro nivel, del mundo de las relaciones sociales al mundo de las mercancías, para explicar cómo se forman los precios y los beneficios capitalistas en la esfera aparente de la circulación a partir de los valores y la plusvalía generados en la esfera básica de la producción. Este es el contenido del llamado «problema de la transformación», que trata de es-

tablecer relaciones funcionales entre los valores-trabajo y los precios y entre la plusvalía y los beneficios (77).

Es bien sabido que Marx no resolvió correctamente el problema de la transformación (78); pero, aunque volveremos sobre el tema más adelante, conviene exponer ahora el tratamiento que Marx le dio.

Las mercancías se obtienen con medios de producción y con trabajo directamente aplicado al proceso productivo. Los medios de producción se adquieren a otros capitalistas por su valor —para hablar sólo del capital circulante—, pasan ese valor a la mercancía en cuya elaboración participan y el capital en ellos invertido es lo que Marx denomina «capital constante» (c). El resto del capital utilizado en la producción, el «capital variable» (v), se invierte en la adquisición de fuerza de trabajo que genera, como sabemos, un valor superior al propio, es decir, un excedente de valor que absorben los empresarios y que constituye la plusvalía (s). En consecuencia, el valor de la mercancía i -ésima (λ_i) vendrá determinado por la suma de los valores del capital constante, el capital variable y la plusvalía:

$$\lambda_i = c_i + v_i + s_i, \quad [1]$$

donde λ_i es el valor de una unidad de la mercancía, c_i y v_i son los valores de los capitales necesarios para esa producción unitaria y s_i es la plusvalía generada.

Puesto que la plusvalía tiene su origen en el trabajo directamente aplicado al proceso productivo, procedente de la fuerza de trabajo adquirida con el capital variable, la «tasa de plusvalía», definida por la relación $\pi_i = s_i / v_i$ para la mercancía i -ésima, puede tomarse como un indicador del grado de explotación a que están sometidos los trabajadores en la producción correspondiente. El libre movimiento de la fuerza de trabajo en busca de una tasa de explotación más baja (mayor retribución, menor jornada de trabajo) se encargará de hacer uniforme la tasa de plusvalía en todos los sectores productivos de la economía. También cabe definir una «tasa de ganancia en valor» (g_i) poniendo en relación la plusvalía con la totalidad del capital constante y variable utilizado, de modo que, para la mercancía i -ésima, $g_i = s_i / (c_i + v_i)$. Ahora bien: puesto que la relación entre el capital constante y el capital variable (c_i / v_i)

—lo que Marx denomina «la composición orgánica del capital»— difiere ampliamente de un sector productivo a otro, la uniformidad de la tasa de plusvalía implica que la tasa de ganancia en valor presentará variaciones intersectoriales. En efecto, puesto que

$$g_i = \frac{s_i}{c_i + v_i} = \frac{s_i / v_i}{c_i / v_i + 1} = \frac{\pi}{c_i / v_i + 1}$$

donde π expresa la tasa uniforme de plusvalía en la economía, los sectores con una composición orgánica del capital elevada mostrarán una tasa de ganancia en valor inferior a la de aquellos sectores donde la composición orgánica sea más baja. La tasa de ganancia obtenida en la producción de una mercancía sólo coincidirá con la tasa de ganancia media del sistema ($g_i = g = s / c + v$) cuando la composición orgánica del capital utilizado en su producción sea casualmente igual a la composición orgánica media del sistema ($c_i / v_i = c / v$).

Pasemos ahora de la esfera de la producción, el valor y la plusvalía a la esfera capitalista de la circulación, los precios y los beneficios. Los beneficios capitalistas tienen su origen en la plusvalía, pero se manifiestan en el ámbito de la circulación como una tasa o porcentaje sobre el capital total empleado en la producción correspondiente; y la movilidad del capital hará que esa tasa de beneficio sea uniforme en todos los sectores. Marx procede, en consecuencia, a transformar los valores (λ_i) en precios de equilibrio competitivo (p_i), recargando el valor del capital total utilizado en la producción correspondiente a una tasa de beneficio uniforme (q) que hace igual a la tasa media de ganancia en valor del sistema (g). Así, para la mercancía i -ésima,

$$p_i = (c_i + v_i) \cdot (1 + q) ;$$

donde $q = g = \frac{s}{c + v}$ [2]

Es obvio que Marx comete aquí un error, puesto que transforma valores en precios del lado del producto y no lo hace del lado del capital, que sigue expresado en valores, de modo que las mercancías se venden a un precio como productos y se valoran de modo distinto cuando se compran para utilizarlas como medios de producción. Dejemos, sin embargo, este error a un lado por el momento. Lo que ahora importa señalar es que el supuesto competitivo

de una tasa de beneficio uniforme en el sistema contradice la hipótesis de que las mercancías se intercambian según relaciones de precios que corresponden a las relaciones de valores respectivas. Los precios se desviarán de los valores en la medida en que las composiciones orgánicas de los capitales utilizados en la producción de las mercancías correspondientes difieran de la composición orgánica media del sistema; y éste será el caso habitual. Los precios superarán a los valores y los beneficios serán más altos que la plusvalía generada en la producción para aquellas mercancías que se obtengan con composiciones orgánicas del capital superiores a la media del sistema; si, por el contrario, las composiciones orgánicas respectivas son inferiores a la media, los precios y los beneficios serán inferiores a los valores y las plusvalías correspondientes (79). En consecuencia, las mercancías no se cambiarán, en general, a precios relativos correspondientes a sus relaciones de valor puesto que se producen con capitales que responden a composiciones orgánicas muy diversas. El problema es claro e insoslayable. En el epígrafe siguiente veremos cómo puede corregirse el error cometido por Marx al transformar valores en precios; también veremos, sin embargo, que, una vez hecha la corrección oportuna, la teoría del valor-trabajo continúa siendo inadecuada para explicar las relaciones de intercambio de los bienes en los mercados competitivos.

Marx reconoció la dificultad pero decidió eludirla adoptando un punto de vista macrosocial. Aunque los precios se desviarán de los valores y los beneficios difieran de la plusvalía para la gran mayoría de mercancías y sectores, su método de transformación continuaba mostrando una igualdad entre precios y valores y entre beneficios y plusvalía cuando se procedía a agregar unos y otros sobre la totalidad del sistema (80). Y este resultado debía interpretarse como prueba de que la masa total de plusvalía determina el volumen total de beneficios; de modo que la teoría del valor-trabajo, aunque se encontrara con dificultades para explicar las relaciones de intercambio de los bienes, continuaba ofreciendo un sólido fundamento a la teoría de la explotación. En la esfera de la circulación, la plusvalía total del sistema se repartía como beneficios entre los capitalistas en proporción a su participación en el capital social total —es decir, aplicando la tasa

media de ganancia en valor ($g = q$) al capital total invertido en cada sector ($c_i + v_i$); y así se ponía de manifiesto, en opinión de Marx, que la economía capitalista funciona como una gran sociedad anónima de explotación del trabajo asalariado, donde a cada capitalista se le atribuye la parte de ganancia que corresponde a su alícuota en el capital total invertido (81). Se trata, en definitiva, de un reparto eficiente del botín común (82); y, para instrumentarlo, se registran transferencias intersectoriales de plusvalía a través de las desviaciones de los precios respecto de los valores: los sectores con composición orgánica del capital superior a la media del sistema presentan precios que exceden de los valores respectivos y reciben así una transferencia de plusvalía procedente de los sectores con composición orgánica del capital inferior a la media y precios situados por debajo de los valores. Las disparidades sectoriales entre precios y valores son consecuencia, por tanto, del reparto de la plusvalía a una tasa de beneficio uniforme.

Con esta aproximación macrosocial, que continúa ofreciendo una explicación insatisfactoria de las relaciones de intercambio de los bienes, Marx retiene la teoría del valor-trabajo en su función básica de desvelar la estructura profunda del capitalismo como mecanismo de explotación: la generación de la plusvalía en el ámbito de la producción como apropiación de trabajo no pagado y como realidad unitaria y previa a toda renta no salarial por debajo de las formas distributivas del mundo de la circulación y el antagonismo radical entre capitalistas y trabajadores asalariados que subyace a las oposiciones superficiales entre propietarios de capitales y empresarios, capitalistas y terratenientes o capitalistas comerciales y capitalistas industriales. Es esa estructura profunda la que queda oculta cuando la Economía Política burguesa propone su «fórmula trinitaria» de la distribución de rentas, fórmula en la que, para Marx, se consuma la mistificación del sistema capitalista como un mundo encantado «donde *M. la Capital* y *M. la Terre* llevan a cabo sus brujerías como simples cosas materiales sin contenido sociohistórico» (83). La «fórmula trinitaria» atribuye tres clases de rentas: salarios, beneficios y rentas del suelo, a tres grandes fuentes de servicios productivos: trabajo, capital y agentes naturales de la producción; y, al hacerlo, presenta como productivos al capital y los agentes

naturales junto al trabajo, afirma que todo el trabajo aportado al proceso productivo se retribuye con salarios y trata la plusvalía como resultado de los valores generados por el capital y los agentes naturales. La verdad es, para Marx, muy distinta: el trabajo es la fuente de todo valor y el capital y los agentes naturales no rinden servicios productivos que haya que retribuir; el salario no compensa el trabajo desarrollado en la producción sino el valor de la fuerza de trabajo correspondiente, de modo que el capital extrae un excedente de trabajo no retribuido que se traduce en plusvalía; y el capital y los agentes naturales se reparten esa plusvalía como beneficios y rentas del suelo no en cuanto fuentes de servicios productivos sino como medios de producción y factores naturales monopolizados que se enfrentan al trabajo asalariado (84). La «fórmula trinitaria» oculta, en definitiva, la estructura profunda del sistema, en la cual el capital es una máquina perenne de estrujar trabajo sobrante, los agentes naturales son un imán perenne que atrae hacia sus propietarios una parte de la plusvalía extraída por el capital y, en fin, el trabajo es, para el obrero, el medio constantemente renovado de adquirir los medios necesarios para subsistir (85).

Marx piensa, además, que desde esa estructura profunda desvelada cabe abordar el estudio del proceso dinámico del sistema y poner al descubierto las leyes del movimiento del capitalismo y su inestabilidad intrínseca.

El movimiento del capitalismo aparece dominado, para Marx, por la contradicción básica entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción caracterizadas por el antagonismo capital-trabajo. El capitalismo industrial ha conducido a una socialización integral de la vida humana que avanza sin cesar con el maquinismo, la producción en gran escala y la división del trabajo; el capitalismo es más favorable al desarrollo de las fuerzas productivas que cualquiera de los sistemas que le han precedido en la historia; y, sin embargo, a medida que despliega esas potencialidades, se hace más patente la contradicción entre el carácter crecientemente social de la producción y la propiedad privada de los medios que constituyen el capital. «El verdadero límite de la producción capitalista — escribe Marx — es el mismo capital, es el hecho de que, en ella, son el

capital y su propia valorización lo que constituye el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción; el hecho de que aquí la producción sólo es producción para el capital y no a la inversa... Por consiguiente, si el sistema capitalista constituye un medio histórico para desarrollar la capacidad productiva material y crear el mercado mundial correspondiente, envuelve, al propio tiempo, una contradicción constante entre esa misión histórica y las condiciones sociales de producción propias de este sistema» (86).

El desarrollo capitalista ocupa el centro del pensamiento económico de Marx. Frente a la dinámica de los economistas clásicos, con su preocupación por el aumento de la población, los rendimientos decrecientes de la agricultura y la amenaza del estado estacionario, y con su insuficiente atención al capital fijo y a la incorporación de nuevas técnicas al proceso productivo, Marx contempla el avance del capitalismo como un gran proceso de acumulación en el que la introducción de innovaciones a través, básicamente, de la inversión en capital fijo revoluciona constantemente los métodos productivos al tiempo que modifica las relaciones e instituciones sociales. Para los economistas clásicos, el progreso tecnológico era extrínseco al sistema; para Marx, por el contrario, la transformación continua de los métodos de producción es inherente al capitalismo. En los economistas clásicos, el desarrollo capitalista estaba amenazado por los rendimientos decrecientes de la agricultura; en Marx, el rasgo dominante del sistema es el aumento general e incesante de los rendimientos por efecto del avance tecnológico incorporado al proceso productivo a través de la acumulación de capital.

El deseo de valorizar el capital es el gran impulsor del desarrollo del sistema. Cabría imaginar una economía capitalista de reproducción simple que destinara íntegramente la plusvalía al consumo y se limitara a mantener el capital productivo existente. Sin embargo, lo que caracteriza al capitalismo es la continua ampliación de la escala de producción. El capitalista está sometido a unas leyes coactivas que le obligan a ser un fanático de la expansión productiva si quiere sobrevivir; e impone ese fanatismo a toda la sociedad. Las fuerzas de la competencia le obligan a acumular, a dedicar una parte sustancial de la plusvalía al ahorro para

financiar nuevas inversiones, a expandir constantemente su capital para conservarlo. La batalla de la competencia —decía Marx— se desarrolla abaratando las mercancías; y el arma principal en esa lucha consiste en la reducción de los costes de producción. Por ello, el capitalista se esforzará continuamente por aumentar la productividad del trabajo; y seguirá dos caminos: por una parte, tratará de aumentar la duración de la jornada laboral y la intensidad del trabajo, dados los métodos de producción de que dispone; por otra, modificará estos últimos a través de procesos de mecanización creciente. La primera de estas vías acabará encontrando, sin embargo, límites en la resistencia física de los trabajadores, en la lucha que éstos planteen y en el avance de la legislación social sobre la jornada laboral, etc. forzada por esa lucha; en consecuencia, la tasa de plusvalía que mide el grado de explotación de la fuerza de trabajo a partir de los métodos de producción utilizados tenderá a estabilizarse. Así, el capitalista se verá cada vez más forzado a seguir la segunda vía mencionada, es decir, a mecanizar crecientemente el proceso productivo e introducir innovaciones que reduzcan los costes de producción (87).

Marx creyó observar que, en ese proceso de transformación de los métodos productivos, las innovaciones tecnológicas tendían a ser, en su conjunto, utilizadoras de capital y ahorradoras de trabajo y que, en consecuencia, el desarrollo capitalista iba acompañado de una tendencia a la elevación progresiva de la composición orgánica media del capital a largo plazo. Y esta tendencia, junto con el supuesto de la estabilidad de la tasa de plusvalía en el tiempo, llevaron a Marx a enunciar la ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio (88), a la que consideró como «la más importante de todas las leyes de la Economía Política moderna... y también la más importante desde el punto de vista histórico» (89). Marx se sentía muy satisfecho de haber descubierto una ley que era, en su opinión, «el misterio en torno a cuya solución viene girando toda la Economía Política desde Adam Smith, de modo que, desde este autor, la diferencia existente entre las diversas escuelas consiste precisamente en los distintos intentos hechos para resolverlo» (90). Marx se unió, en efecto, a la larga lista de economistas clásicos que habían mantenido una visión pesimista sobre el futuro a largo plazo

de la tasa de beneficio; pero no atribuyó esa tendencia, como Smith, a una vaga «competencia mutua» entre los capitales en el curso del progreso económico ni buscó su causa, como Ricardo, en la presión de la población sobre las subsistencias y la actuación de los rendimientos decrecientes de la tierra. Marx enunció y explicó la ley a partir de los mecanismos básicos del capitalismo industrial y como expresión de las contradicciones del sistema.

El capitalista, buscando una ampliación de sus beneficios en mercados competitivos, introduce innovaciones y, con ellas, nuevos métodos de producción que, al aumentar la productividad del trabajo y reducir los costes, le otorguen una ventaja sobre sus competidores y le permitan obtener una ganancia extraordinaria vendiendo la mercancía al precio de producción existente —que corresponde al coste socialmente necesario aún dominante en el sector—. Marx pensaba que esos nuevos métodos se introducían, en general, a través de inversiones que elevaban la composición orgánica del capital, es decir, que aumentaban la cantidad de capital por hombre empleado en la empresa. Aunque el capitalista consiga su objetivo y vea aumentar su tasa de beneficio a corto plazo, su ventaja será normalmente transitoria porque los competidores acabarán por adoptar las nuevas técnicas que han resultado beneficiosas. Estas, y la más alta composición orgánica del capital que llevan consigo, se extenderán a todo el sector interesado, los precios descenderán con los costes socialmente necesarios de producción y el resultado final será una caída de la tasa de beneficio respecto de la situación inicial. El elemento intuitivo de este resultado es claro: los beneficios proceden de la explotación del trabajo directamente aplicado a la producción; la innovación técnica sustituye trabajo directo por maquinaria; y con menos trabajo que explotar, la tasa de beneficio descenderá (91). Es, sin embargo, paradójico que los capitalistas, tratando de ampliar sus ganancias, pongan en marcha un proceso que acaba conduciendo a un descenso de la tasa media de beneficio —lo cual les estimulará, sin duda, a ensayar nuevas técnicas y acometer nuevas inversiones que llevarán al mismo resultado.

Marx acepta que pueden actuar factores que contrarresten transitoriamente la actuación de

estos mecanismos —básicamente, elevando la tasa de plusvalía—; pero piensa que la ley de la tendencia descendente de la tasa de beneficio acabará imponiéndose a largo plazo en el desarrollo capitalista. Este se caracteriza por un proceso continuo de cambio, en el que nuevas mercancías y nuevos métodos compiten con los antiguos, piezas enteras del aparato productivo quedan anticuadas, las empresas son expulsadas de los mercados tan pronto como flaquean en la lucha y los capitalistas se ven obligados a reinvertir sus beneficios y acumular si han de subsistir. Pero, además, el proceso lleva consigo, como acabamos de ver, una intensidad creciente de capital en las actividades productivas y una creciente utilización de métodos de producción ahorradores de trabajo. Por consiguiente, el desarrollo capitalista no se limita a ampliar en el tiempo las relaciones sociales características del sistema sino que las refuerza y agudiza; por un lado, las exigencias cada vez mayores de capital conducirán a una creciente concentración de los capitales acumulados, con la consiguiente asfixia, en la lucha competitiva, de pequeños empresarios que pasarán a engrosar las filas de los trabajadores asalariados; por otro lado, el sesgo ahorrador de trabajo en las innovaciones tenderá a alimentar, a través del paro tecnológico, el ejército de reserva de trabajadores a disposición del capital. Así, aunque el desarrollo económico implique una demanda creciente de mano de obra, se mantendrán unas disponibilidades excesivas de fuerza de trabajo que impedirán que el salario real suba, a largo plazo, por encima del nivel de subsistencia; y el mantenimiento del salario real al nivel de subsistencia para los trabajadores ocupados, junto con el exceso creciente de oferta de fuerza de trabajo, caracterizan la depauperación progresiva del proletariado que acompaña al desarrollo capitalista. Tal es, para Marx, la ley general de la acumulación capitalista, que, naturalmente, tiende a acentuar las tensiones sociales y los elementos de inestabilidad del sistema (92).

Pero, además, esa inestabilidad se agudiza, a medida que avanza el desarrollo capitalista, como consecuencia de la aparición de crisis recurrentes y de intensidad creciente que, según Marx, podían considerarse, en cierto modo, como ensayos generales de la quiebra final del sistema. Las crisis son, en un primer sen-

tido, un efecto de la actuación de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio y, al mismo tiempo, un factor que contrarresta tal actuación. Dicha ley puede permanecer latente en algunos períodos, como resultado de diversas causas compensadoras, para pasar a ponerse de manifiesto en otros bajo la presión de la acumulación innovadora de los capitalistas; y sabemos que, cuando esto ocurra, los capitalistas tratarán de defenderse de la caída en la tasa de beneficio adoptando decisiones adicionales de innovación y acumulación. El resultado será un fuerte aumento del capital constante respecto del capital variable, en un proceso que implica la obsolescencia y pérdida de significado económico de importantes elementos del aparato productivo. La crisis es la expresión del ajuste al que tal proceso conduce de modo inevitable bajo las fuerzas de la competencia: partes del capital pierden valor y otras han de ser eliminadas del esquema productivo. El ajuste ocurrirá a pesar de la resistencia de los capitalistas y la crisis en que se manifieste será tanto más profunda cuanto más intensa haya sido la oleada previa de acumulación innovadora. La crisis cumple así una función depuradora del esquema productivo de la economía y actúa como mecanismo que contrarresta la ley de la tendencia descendente de la tasa de beneficio al imponer una reducción en el valor del capital constante: en la crisis, el capital productivo se reestructura (y se concentra), la tasa de beneficio sobre el capital superviviente se eleva y el sistema queda en disposición de abordar un nuevo proceso de acumulación innovadora.

Las crisis, así entendidas, son fenómenos necesarios e inevitables que tienen su origen (acumulación innovadora) y ejercen sus efectos básicos (reestructuración del capital productivo) en la esfera de la producción, aunque también se manifiesten en las esferas del intercambio (descenso de los precios de las mercancías) y de la distribución (aumento del desempleo y descenso de los salarios). Los movimientos de salarios reales — elevación en la fase de acumulación y descenso en la crisis como consecuencia del mayor desempleo — pueden acentuar, sin duda, el descenso de la tasa de beneficio durante la oleada de innovaciones y su recuperación posterior en la crisis; pero éste es un desarrollo secundario respecto del argumento básico, que tiene por escenario el ámbito del



«EL CAPITAL», Vol. I, 1867

A partir de 1859 Marx, frecuentemente agobiado por problemas financieros y de salud, dedicó sus mayores esfuerzos a la redacción de *El Capital: Crítica de la Economía Política*, cuyo primer libro (*El proceso de producción del capital*) apareció finalmente en septiembre de 1867 en una edición de 1.000 ejemplares. Este primer libro tenía autonomía propia y había alcanzado una forma acabada. El libro segundo (*El proceso de circulación del capital*) y el libro tercero (*El proceso de circulación capitalista visto en su conjunto*) fueron la tarea principal de Marx hasta su muerte en 1883, sin que lograrse completarlos. Engels, a partir de los manuscritos dejados por Marx, publicó el segundo libro en 1885 y el tercero en 1894.

capital y la producción. Por otra parte, las crisis, así entendidas, condicionan la posible intervención del Estado para paliarlas: esa intervención deberá operar en la esfera de la producción para ayudar a la reestructuración del capital; por el contrario, una intervención en la esfera del intercambio para combatir las crisis mediante un aumento de la demanda de bienes —es decir, una intervención de tipo keynesiano— puede tener efectos contraproducentes, ya que el mayor gasto público tenderá a absorber plusvalía para su financiación y a reducir así aún más la tasa de beneficio (93).

En un segundo sentido, las crisis aparecen, en Marx, como crisis de realización de la plusvalía en la esfera de la circulación dentro de un esquema de fluctuaciones cíclicas inherentes al desarrollo capitalista. Se ha señalado muchas veces que Marx no tenía una teoría bien definida de los ciclos económicos; pero también hay que subrayar la importancia y la novedad, en su época, de su percepción de las fluctuaciones como fenómenos recurrentes e inherentes a la dinámica del sistema, más allá de la simple consideración de las crisis como colapsos aislados resultantes de la actuación de causas «externas» (94). Por otra parte, aunque no fuera capaz de ofrecer una explicación bien articulada de los ciclos, tuvo en cuenta una gran cantidad de elementos relevantes. En varias ocasiones parece que las crisis de realización de la plusvalía se explican, en la obra de Marx, como un resultado inevitable de las contradicciones de un sistema que, de un lado, lleva a un aumento ilimitado de la capacidad de producción y, de otro, genera unas condiciones sociales que limitan las posibilidades de expansión del consumo. Podría hablarse, con base en esos textos, de una teoría marxista de las crisis cíclicas pertenecientes al grupo de las denominadas «teorías del subconsumo» si no fuera porque el propio Marx rechaza, en otros pasajes, tal interpretación y señala que los salarios reales aumentan precisamente en las fases de auge (95). De hecho, Marx apunta una pluralidad de factores que pueden contribuir a explicar las fases de expansión y los desequilibrios intersectoriales que en ellas se generan: la aparición de nuevas tecnologías y nuevos productos, la apertura de nuevos mercados, las excesivas facilidades monetarias y crediticias son elementos que contribuyen a estimular rápidos procesos de acumulación, alentados por

el optimismo y la confianza, en los que los sectores de inversión se desarrollan con intensidad, el empleo aumenta y los salarios reales se elevan. Finalmente, la prosperidad aboca a una crisis de sobreproducción general —refutando la ley de Say—, es decir, a una situación de demanda efectiva insuficiente que impide la realización de la plusvalía y que conduce a caídas de precios, contracciones del empleo y descensos de los salarios reales y que se ve frecuentemente agravada por crisis monetarias y bancarias. Las intervenciones públicas para combatir las crisis mediante aumentos de la demanda de bienes sólo tienen sentido en la medida en que se esté ante crisis de realización en la esfera del intercambio.

No hay, en la obra de Marx, un esquema que permita articular de un modo unívoco y coherente esta variedad de elementos en una teoría que explique las fluctuaciones recurrentes; pero la violencia creciente de éstas y la tendencia al descenso a largo plazo de la tasa de beneficio son, para Marx, exponentes objetivos de la inestabilidad cada vez mayor del capitalismo a medida que despliega sus potencialidades en el tiempo. El sistema avanza, con su madurez, hacia la crisis final, el desplome último y su sustitución por el socialismo.

El paso de uno a otro sistema constituye una ruptura cuyo análisis queda, en un sentido estricto, fuera del estudio científico del capitalismo. Las leyes del movimiento del sistema no conducen mecánicamente, en Marx, a un colapso final, que sólo puede ser el resultado de una acción política revolucionaria. Sin embargo, el desarrollo capitalista genera unas condiciones cada vez más favorables a la revolución. En efecto, con ese desarrollo avanzan las formas cooperativas del proceso de trabajo, la aplicación técnica consciente de la ciencia a la producción y la explotación sistemática de la tierra, mejoran los medios de producción utilizados en el trabajo social y se expanden e integran los mercados; pero, paralelamente, se registra una concentración progresiva de los capitales al tiempo que aumentan la miseria, la opresión y la explotación de la clase obrera a través de la creciente inestabilidad del sistema; y esto intensifica el antagonismo entre las clases sociales y estimula la rebeldía de un proletariado cada vez más numeroso, más unido y mejor organizado que denunciará con

creciente energía las contradicciones básicas y los límites insuperables del modo de producción capitalista. El sistema sólo saltará en pedazos como consecuencia de la revolución y ésta sólo será inevitable cuando la acción política haga que lo sea; pero el despliegue de las leyes del movimiento capitalista creará un clima cada vez más propicio a la explosión final. Por ello, entender esas leyes es fundamental para la lucha y la estrategia revolucionarias; desvelarlas y explicarlas es, para Marx, la gran contribución del científico social a la revolución liberadora del hombre.

LOS PROBLEMAS DEL MARXISMO CIENTIFICO

El problema consiste en que la mayoría de las leyes enunciadas por Marx no se han cumplido y el capitalismo no ha caminado hacia su colapso final en los términos previstos por el socialismo científico. En los años 1845-1850, período de graves dificultades económicas e intensa agitación social y política que dejó una huella profunda en las concepciones de Marx, éste parecía convencido de que el desplome definitivo del sistema estaba muy cerca. Sin embargo, la etapa de prosperidad que se inició con los años cincuenta y persistió, con breves interrupciones, hasta 1873, alejó el espectro de la catástrofe e indujo en Marx un cambio de actitud que iba a mantenerse hasta su muerte y a continuarse en Engels: la quiebra final no parecía ya próxima, no había que forjarse falsas ilusiones cada vez que se registrara un retroceso de la actividad económica y el movimiento obrero habría de adaptar su táctica a estas realidades; al mismo tiempo, sin embargo, el conocimiento de que las leyes de la dinámica capitalista estaban actuando en su favor debería ser fuente de estímulo para la lucha obrera. Ocurre, no obstante, que resulta crecientemente difícil derivar aliento de la actuación de unas leyes que la realidad no parece confirmar y cuyo incumplimiento redundaría en una consolidación del sistema. Más fácil es sospechar la existencia de errores en el cuerpo teórico donde se insertan tales leyes y someterlo a una revisión crítica.

Parece lógico dirigir esa atención crítica, en primer lugar, a la teoría del valor-trabajo, que ocupa en la construcción de Marx una posición central y unificadora en su doble función de ofrecer una explicación de las relaciones de intercambio de los bienes en los mercados y de proporcionar un fundamento a la teoría de la explotación.

Como vimos en el epígrafe anterior, Marx consideraba que el estudio de la formación de los valores de las mercancías era básico y previo al examen de la determinación de los precios relativos en los mercados competitivos del capitalismo; por ello, había que escribir, primero, las ecuaciones de valores y proceder, después, a la «transformación» necesaria para llegar a las ecuaciones de precios. Los valores mantenían el análisis en la esfera de la producción, en el ámbito de las relaciones sociales básicas donde surge la explotación capitalista y queda desvelada la plusvalía como trabajo no pagado; los precios y los beneficios capitalistas correspondían a la esfera secundaria de la circulación, un ámbito de apariencias engañosas, de mercados libres y competitivos donde quedan ocultos los mecanismos capitalistas de explotación.

También vimos allí, dejando a un lado los errores cometidos por Marx al transformar valores en precios, que el hecho de que la tasa uniforme de plusvalía se refiriese sólo al capital variable en tanto que la tasa uniforme de beneficio capitalista se cargara sobre la totalidad del capital (constante y variable) empleado en la producción, conducía a desviaciones de los precios relativos de las mercancías respecto de sus relaciones de valores como consecuencia de las disparidades en las composiciones orgánicas del capital. Y señalamos cómo Marx, reconociendo esta dificultad, adoptaba un enfoque macrosocial donde las desviaciones entre valores y precios se presentaban como un fenómeno incidental en un gran mecanismo colectivo de explotación, en el que la plusvalía global generada en la esfera de la producción se repartía como beneficios, en proporción al capital total aportado por cada capitalista, en la esfera de la circulación.

La realidad es que la teoría del valor-trabajo es inadecuada para explicar las relaciones de intercambio de los bienes en los mercados e innecesaria para fundamentar una teoría de la

explotación capitalista. Su función en la construcción de Marx es ideológica, pero sólo la cumple con graves fallos desde un punto de vista científico. El origen del valor en cambio de los bienes es un problema metafísico y, como tal, puede recibir —y, de hecho, ha recibido— respuestas diversas, portadoras de cargas ideológicas variadas; pero la formación de los precios relativos en mercados competitivos es un problema científico que ha de resolverse seleccionando las hipótesis propuestas mediante la contrastación empírica. La explicación ofrecida por la teoría del valor-trabajo no consigue superar este criterio de validez científica, puesto que los precios relativos observados se desvían de las correspondientes relaciones de valor; y esto aconseja prescindir de esa pieza teórica, ya que tampoco es indispensable, desde un punto de vista ideológico, en la construcción de Marx. Se pueden escribir directamente las ecuaciones de precios sin tener que pasar, primero, por las ecuaciones de valores para proceder, después, a transformar valores en precios. Como enseguida veremos, a partir del salario real y las condiciones técnicas de la producción cabe determinar los valores y la tasa de plusvalía; pero también cabe determinar alternativamente, desde esos mismos datos, los precios relativos y la tasa de beneficio sin pasar por los valores. Los precios y los beneficios capitalistas y los valores y las plusvalías de Marx responden a dos sistemas de explotación distintos, de los cuales el primero es el practicado por los capitalistas. El sistema de precios y beneficios permite explicar la explotación capitalista haciendo uso de los mismos factores sociales e históricos y de las mismas consideraciones utilizadas por Marx con su teoría del valor; y tiene la ventaja de que permite hacerlo desde una posición capaz de explicar, de modo satisfactorio, los fenómenos de formación de los precios observados en los mercados.

Volvamos, en efecto, al «problema de la transformación» en los términos en que, según vimos, lo dejó planteado Marx. Este había escrito la ecuación del valor unitario de la mercancía i -ésima (λ_i) del modo siguiente:

$$\lambda_i = c_i + v_i + s_i = c_i + v_i (1 + \pi), \quad [3]$$

donde c_i es el capital constante (tratado como circulante), v_i es el capital variable, s_i es la plusvalía y $\pi = \frac{s}{v}$ es la tasa uniforme de plus-



SMITH, RICARDO, MALTHUS,
STUART MILL, MARX, MARSHALL

El pensamiento económico de Marx se inserta en la escuela clásica inglesa. Para Marx, la Economía Política no había hecho progreso alguno desde Adam Smith y David Ricardo, en quien Marx veía el punto máximo de la teoría económica burguesa. Entre ambos, Malthus le parecía un «desvergonzado esbirro de la clase dominante»; después de Ricardo, la Economía Política se había sumido en una crisis de la que Marx sólo salvaba a Hodgskin, Ravenstone y otros ricardianos que habían extraído de la teoría del valor-trabajo la noción de la explotación capitalista. En medio de lo que estimaba una degradación general, Marx sentía un relativo respeto hacia John Stuart Mill, a quien consideraba «el mejor representante del vacío sincretismo que intentaba armonizar los principios del capitalismo con los intereses del proletariado».

La obra de Marx contiene lo que puede interpretarse como última gran construcción macrodinámica del pensamiento clásico. En la generación siguiente, los neoclásicos —que, según pensamos hoy, estarían mejor representados por Walras que por Marshall en una corta lista de grandes economistas— centraron su atención en la teoría de los precios y la asignación de recursos desde el análisis marginalista. Marshall fue, en todo caso, el fundador de la escuela de economía de Cambridge, cuyo máximo representante, Keynes, sentía escasa atracción por las doctrinas y el pensamiento económico de Marx.

valía del sistema; y , después, había procedido a transformar valores en precios mediante la siguiente expresión:

$$p_i = (c_i + v_i) \cdot (1 + g) \quad [4]$$

donde p_i es el precio de la mercancía i -ésima en el equilibrio competitivo y la tasa de beneficio aparece representada por $g = \frac{s}{c + v}$, que es la tasa media de ganancia en valor del sistema.

Pero este método de transformación incurre en dos errores importantes: En primer lugar, transforma valores en precios del lado del producto pero no lo hace del lado del capital, que sigue expresado en valores, de modo que una mercancía se valora de un modo distinto cuando se vende como producto y cuando se compra para utilizarla como medio de producción; y, en segundo lugar, y más importante, comete la inconsistencia de tomar la tasa de ganancia en valor como tasa de beneficio competitivo. En efecto, la tasa media de ganancia en valor pertenece al ámbito de los valores y se obtiene a partir de éstos como la relación entre la plusvalía total y el valor total de los capitales constante y variable utilizados en el sistema; la tasa de beneficio capitalista pertenece, por su parte, al ámbito de los precios competitivos y se ha de determinar simultáneamente con estos últimos como relación uniforme entre beneficios y capital total valorados a dichos precios; y puesto que, como sabemos, los precios se desvían de los valores, la tasa de beneficio, correctamente determinada, diferirá de la tasa media de ganancia en valor. Es la tasa de beneficio, no la de ganancia en valor, la que interesa a los capitalistas, influye en sus decisiones y tiende a hacerse uniforme en los diferentes sectores bajo la presión de las fuerzas de la competencia.

Procedamos, por tanto, a reformular correctamente el problema —aunque el tratamiento riguroso se deja para la nota 96—. Consideremos el sistema formado por n mercancías ($i, j = 1, 2, \dots, n$) tales que cada una de ellas entra, directa o indirectamente, en la producción de todas las demás. Sean a_{ij} y l_j , respectivamente, la cantidad de la mercancía i y la cantidad de horas de trabajo directo necesarias para producir una unidad de la mercancía j . Si denominamos λ_j al valor correspondiente a una unidad

de la mercancía j , el sistema de valores podrá expresarse así:

$$\lambda_j = \sum_{i=1}^{i=n} \lambda_i a_{ij} + l_j; \quad (j = 1, 2, \dots, n) \quad [5]$$

y si denominamos w al salario-hora, r a la tasa de beneficio capitalista y p_i al precio unitario de la mercancía i , el sistema de precios competitivos vendrá expresado por

$$p_j = \left[\sum_{i=1}^{i=n} p_i a_{ij} + w l_j \right] \cdot (1 + r) \quad [6]$$

Adviértase que $\sum \lambda_i a_{ij}$ y $\sum p_i a_{ij}$ representan, respectivamente, el valor-trabajo y la valoración a precios de mercado del capital constante utilizado en la producción de la mercancía j , reconociendo que en él participan una pluralidad de mercancías como medios de producción.

Supongamos ahora que la fuerza de trabajo se retribuye con el salario de subsistencia y que las cantidades b_1, b_2, \dots, b_n son los consumos mínimos de subsistencia que expresan el salario real por hora de trabajo necesario para producir y reproducir la fuerza de trabajo empleada. Según esto, podemos escribir el salario-hora en términos de valor y en términos de precios como

$$\omega = \sum_{i=1}^{i=n} \lambda_i b_i$$

Y

$$w = \sum_{i=1}^{i=n} p_i w_i, \text{ respectivamente.}$$

En consecuencia, el sistema de valores puede expresarse así:

$$\lambda_j = \sum_{i=1}^{i=n} \lambda_i a_{ij} + \omega \cdot l_j \cdot (1 + \pi); \quad (j = 1, 2, \dots, n) \quad [7]$$

$$\omega = \sum_{i=1}^{i=n} \lambda_i \cdot b_i,$$

donde $\omega \cdot l_j$ es el valor del capital variable y π es la tasa de plusvalía. Y el sistema de precios competitivos puede escribirse así:

$$p_j = \left[\sum_{i=1}^{i=n} p_i \cdot a_{ij} + w \cdot l_j \right] \cdot (1 + r); \quad (j = 1, 2, \dots, n) \quad [8]$$

$$w = \sum_{i=1}^{i=n} p_i \cdot b_i,$$

donde $w \cdot l_j$ es el coste monetario del trabajo y r es la tasa de beneficio.

Tenemos, en definitiva, dos sistemas alternativos: uno de valores y otro de precios. En el sistema [7], a partir de los coeficientes técnicos de producción (a_{ij} , l_j) y de los coeficientes «sociales» que expresan el salario real horario de subsistencia (b_i), podemos determinar los valores relativos de las mercancías y la tasa de plusvalía. En el sistema [8], a partir de los mismos coeficientes técnicos y «sociales», podemos determinar los precios relativos y la tasa de beneficio.

Es, desde luego, posible transformar valores en precios. Adoptemos, en efecto, la «transformación correcta» de Bortkewitz —que no incurre en los errores cometidos por Marx—:

definamos la variable $y_j = \frac{p_j}{\lambda_j}$, que es el precio

por unidad de valor de la mercancía correspondiente, multipliquemos los valores por las y_j respectivas y escribamos:

$$y_i \cdot \lambda_j = \left[\sum_{i=1}^{i=n} y_i \cdot \lambda_i \cdot a_{ij} + w \cdot l_j \right] \cdot (1+r);$$

$$(j = 1, 2, \dots, n) \quad [9]$$

$$w = \sum_{i=1}^{i=n} y_i \cdot \lambda_i \cdot b_i,$$

donde se han transformado todos los valores en precios y r es la tasa de beneficio.

Puesto que $y_j \cdot \lambda_j = p_j$, $y_i \cdot \lambda_i = p_i$, es obvio que el sistema [9] es idéntico al sistema de precios [8]. Cabría, por tanto, decir que partiendo de los valores, y mediante la transformación adecuada, hemos llegado al sistema correcto de precios. Ahora bien, ¿qué sentido tiene lo que hemos hecho? Hemos tenido que calcular, primero, los valores para pasar, después, a los precios; hemos visto antes que, a partir de unos mismos datos (a_{ij} , l_j , b_i), se puede llegar directamente bien a los valores, bien a los precios; en consecuencia, pasar por los valores para llegar a los precios implica un rodeo innecesario. Pero, además, lo que hemos hecho es una trivialidad: para pasar de valores a precios hemos eliminado los valores dividiéndolos por valores y multiplicando por precios, ya que

$$y_i \cdot \lambda_j = \frac{p_j}{\lambda_j} \cdot \lambda_j = p_j; \text{ y, además, hemos intro-}$$

ducido la tasa de beneficio en lugar de la tasa de plusvalía o de la tasa de ganancia en valor.

La trivialidad del método correcto de transformación —que Samuelson ha descrito acertadamente como «borrar y empezar de nuevo» y que también hubiéramos podido seguir en sentido inverso, es decir, pasando de precios a valores— responde al hecho básico de que el sistema de valores [7] y el sistema de precios [8] son alternativos e incompatibles porque responden a dos formas distintas de explotación: en el primer sistema se explota cargando un tipo uniforme (tasa de plusvalía) sobre el valor del capital variable; en el segundo sistema se explota cargando un tipo uniforme (tasa de beneficio) a la totalidad del capital (constante y variable) valorado a precios de mercado. Ahora bien, de estos dos sistemas alternativos e incompatibles, el sistema de precios es el que corresponde a la práctica del capitalismo, es decir, el que ofrece una explicación válida de la formación de los precios relativos en los mercados y de la determinación de la tasa de beneficio competitivo, que es la que interesa a los capitalistas y la que éstos tienen en cuenta en sus decisiones y tienden a hacer uniforme en los diversos sectores económicos mediante los desplazamientos de capital impulsados por las fuerzas de la competencia. Y si esto es así, el «problema de la transformación» resulta ser un falso problema, se debe retener el sistema de precios como descripción válida de los mecanismos capitalistas y se debe prescindir del sistema de valores, es decir, de la teoría del valor-trabajo como inadecuada e innecesaria (96).

Muchos economistas marxistas, que reconocen lo inadecuado de la explicación de los precios relativos ofrecida por la teoría del valor-trabajo, desean conservar ésta, sin embargo, como fundamento de la teoría de la explotación. Piensan estos autores que Marx, al utilizar la teoría del valor-trabajo, no estaba interesado en explicar los precios relativos sino en «ver más allá», desvelar el origen del beneficio, fundamentarlo en la plusvalía y mostrar así su verdadera naturaleza de trabajo no retribuido (97); y señalan que la utilización del sistema de los precios capitalistas y el abandono de los valores oculta esa articulación básica y traiciona el pensamiento central de Marx al expresar el análisis en términos de relaciones técnicas, presentar la producción como un proceso técnico asocial y desplazar las relaciones sociales desde el ámbito de la producción a las esferas del intercambio y la distribución.

En apoyo de la retención de la teoría del valor-trabajo, con la función que acabamos de indicar, se ha aducido que puede demostrarse que la tasa de beneficio sólo será positiva si lo es la tasa de plusvalía, lo cual se interpreta como expresión de que a los beneficios hay que llegar desde la plusvalía (98). Pero también puede probarse que la tasa de plusvalía sólo será positiva si lo es la tasa de beneficio. En realidad, lo que cabe demostrar es que tanto la tasa de plusvalía como la tasa de beneficio sólo serán positivas si la economía genera un excedente; y la condición formal de la existencia de excedente —a la que, de nuevo, puede llegarse alternativamente desde los valores o desde los precios— consiste en que la fuerza de trabajo empleada pueda reproducirse a un coste de subsistencia inferior al producto de su trabajo tras deducir de éste lo necesario para reponer los medios materiales que han colaborado en la producción. Desde el sistema de precios, sin participación alguna de los valores, puede derivarse directamente la condición formal de existencia de excedente en la economía, cuyo cumplimiento hace posible una tasa de beneficio positiva y un consumo superior al de subsistencia (99).

En el sistema de precios, dadas las condiciones tecnológicas expresadas por los coeficientes unitarios de los medios materiales de producción y del trabajo directo (a_{ij}, l_i), la lucha entre el capital y el trabajo determina el salario real y el tipo de beneficio. Si suponemos que existe algún mecanismo que mantiene el salario al nivel de subsistencia, los coeficientes técnicos indicados (a_{ij}, l_i) más los consumos mínimos de subsistencia (b_i) determinan el tipo de beneficio capitalista —en estas condiciones, los beneficios absorben la totalidad del excedente de la economía y la tasa de beneficio resultante (r^*) es la máxima compatible con las condiciones técnicas de producción supuestas—. Y si la lucha entre el capital y el trabajo eleva el salario real por encima del nivel de subsistencia para las mismas condiciones técnicas de producción, la tasa de beneficio se situará por debajo de r^* y descenderá tanto más cuanto mayor sea la elevación del salario real; es decir, la tasa de beneficio será una función decreciente del salario real si se mantienen las condiciones de producción. En resumen, el contenido básico del análisis de Marx puede desarrollarse desde el sistema de precios sin utilizar los valo-

res y sin tener que afrontar las dificultades graves que éstos plantean (reducción del trabajo heterogéneo a trabajo homogéneo, producción conjunta, etc.). Puede determinarse el excedente y su reparto entre beneficios y salarios a partir de las condiciones de producción y el salario real; pero aquéllas y éste no son fenómenos asociales o ahistóricos y, en consecuencia, pueden estudiarse desde sus determinantes sociales e históricos y discutirse en términos de los factores utilizados por Marx: el antagonismo de las clases que participan en la producción, la subordinación real de los trabajadores desposeídos por debajo de sus libertades formales, la elección de las técnicas productivas, la determinación de la jornada laboral, etc. El mundo de las relaciones sociales continúa regulando las relaciones en el mundo de las mercancías y los precios sin necesidad de utilizar los valores.

Lo que el análisis no dirá, desde luego, es que la absorción de la totalidad o de una parte del excedente por los beneficios capitalistas constituye una *explotación* de los trabajadores. Aunque tampoco dirá lo contrario. Este es un problema ideológico, no científico. La teoría del valor-trabajo le daba una respuesta afirmando que el trabajo es la única fuente de valor, que sólo el trabajo es productivo, de modo que, por definición, la absorción de excedente por los capitalistas constituye una expropiación y el beneficio resulta ser trabajo no retribuido. Pero la legitimación de la apropiación del excedente por los capitalistas puede negarse sin necesidad de asumir la teoría del valor-trabajo y sus limitaciones.

Una consecuencia inmediata del abandono de la teoría del valor-trabajo es la posibilidad de desligar el modelo del supuesto especial referente al mantenimiento del salario al nivel de subsistencia. Como vimos en el epígrafe anterior, Marx trataba de desvelar los mecanismos de explotación que quedaban ocultos en el capitalismo como sistema donde, a diferencia de lo que ocurría en los que le habían precedido en la historia, existían libertades formales, los individuos actuaban voluntariamente en los mercados y todas las mercancías, incluida la fuerza de trabajo, se intercambiaban por su valor. De acuerdo con la teoría del valor-trabajo, el valor de la fuerza de trabajo venía determinado por el valor de los medios necesarios para su re-

producción, expresado en el salario de subsistencia. Hay, desde luego, pasajes en la obra de Marx en los que éste acepta un componente socio-histórico en el concepto de subsistencia y admite que los salarios reales pueden elevarse en períodos de fuerte acumulación; pero, como señala Roemer (100), el salario estricto de subsistencia —mantenido por el ejército de reserva industrial que el sesgo ahorrador de trabajo de las innovaciones alimenta— es el dominante, en último término, como única forma de evitar que el concepto se desvirtúe y de mantener el principio, según el cual, también la fuerza de trabajo se intercambia por su valor. Si se abandona la teoría del valor-trabajo y, con ella, el supuesto especial del salario de subsistencia, se da paso a la teoría más general donde la tasa de beneficio y el salario real los determinan la lucha de clases y la fuerza relativa de éstas, en el marco de la tecnología disponible, y la competencia establece los precios correspondientes de los bienes en los mercados (101).

Para Marx, sin embargo, la estabilidad de las condiciones de producción es incompatible con el capitalismo; éste se caracteriza por su capacidad de revolucionar continuamente los métodos y las técnicas mediante innovaciones introducidas bajo la presión de la competencia. Marx pensaba que los capitalistas seleccionaban las técnicas de acuerdo con el «criterio de productividad», es decir, que elegían entre las opciones técnicas disponibles y adoptaban las innovaciones buscando un aumento de la productividad del trabajo —o lo que es lo mismo, buscando una reducción del valor-trabajo de las mercancías afectadas—. Y pensaba, además, que el resultado de las innovaciones era un aumento de la composición orgánica del capital en el tiempo y, como se recordará, una consiguiente tendencia al descenso de la tasa de beneficio (medida por la tasa de ganancia en valor) a largo plazo.

Pero los capitalistas no están interesados en los valores y la tasa de ganancia en valor sino en los precios y la tasa de beneficio. En consecuencia, los capitalistas seleccionarán las técnicas y adoptarán las innovaciones atendiendo al «criterio de costes», es decir, buscando una reducción de los costes de producción a los precios y al salario real existentes; y este criterio no coincide con el de «productividad» propues-

to por Marx (102). Ahora bien, puede demostrarse que todo cambio técnico que reduzca los costes de producción a los precios y el salario existentes eleva la tasa uniforme de beneficio. En consecuencia, todo cambio técnico adoptado por los capitalistas de acuerdo con el «criterio de costes» determinará un aumento de la tasa de beneficio (103); y esto contradice la ley tendencial de descenso de la tasa de beneficio que Marx veía como resultado inevitable del proceso de innovación y acumulación capitalista a largo plazo y a la que consideraba como la ley más importante de la Economía Política desde un punto de vista histórico.

Las innovaciones pueden llevar consigo aumentos o reducciones de la composición orgánica del capital: esto es algo que ha de decidirse mediante estudios empíricos; pero, en todo caso, las innovaciones introducidas de acuerdo con los criterios capitalistas elevarán la tasa de beneficio si el salario real no varía. Este último puede, sin duda, aumentar y frenar la elevación e incluso imponer un descenso de la tasa de beneficio tras una oleada de innovaciones; pero la evolución del salario real y la tasa de beneficio en el tiempo serán el resultado incierto de la lucha de clases en el marco del progreso tecnológico incorporado al proceso productivo. De hecho, la historia económica de los países capitalistas más avanzados ha mostrado, durante los cien últimos años, un desarrollo caracterizado por un volumen creciente de capital por persona empleada, una relación capital/producto aproximadamente estable a largo plazo, un aumento de los salarios reales en proporción al crecimiento de la productividad media del trabajo, una estabilidad de la tasa de beneficio sobre el capital y una constancia aproximada de las participaciones relativas del capital y el trabajo en la renta nacional. Las leyes marxistas de la miseria creciente del proletariado y del descenso a largo plazo de la tasa de beneficio no se han cumplido en la historia; como tampoco lo ha hecho la anunciada tendencia a la severidad creciente de las crisis económicas que, como vimos, aparecía relacionada con la segunda de dichas leyes. Y la construcción teórica básica, correctamente formulada, tampoco permitía proponerlas como tendencias inevitables del desarrollo capitalista, de modo que carece de sentido afirmar, como con frecuencia se ha hecho, que se trata de «tendencias inherentes al sistema» que han sido

contrarrestadas por la actuación de otros factores —aparte del valor científico nulo de tal intento de explicar una anomalía secular.

No estamos, desde luego, ante un problema menor del análisis de Marx, porque esas leyes inadecuadamente propuestas y no corroboradas por la historia desempeñaban un papel central en su teoría sobre la transición del capitalismo al socialismo (104). Su actuación en el tiempo había de contribuir decisivamente a crear, en el capitalismo maduro, un clima cada vez más propicio a la explosión final del sistema, a su colapso bajo los embates revolucionarios. Su incumplimiento en la historia lleva, por el contrario y de un modo inevitable, a la creciente integración del proletariado en el sistema y al retroceso del objetivo revolucionario en el movimiento obrero ante los afanes de la lucha diaria por conseguir mayores concesiones económicas de un sistema que ha mejorado el bienestar material de las masas y que puede seguir mejorándolo.

Bernstein, al defender la orientación *revisio-nista* en los últimos años del siglo pasado, señalaba que habían sido los hechos y no las críticas doctrinales los que le habían llevado a corregir su pensamiento socialista. Y esos hechos se resumían, naturalmente, en el clima de progreso económico de la segunda mitad del siglo pasado, reforzado por la nueva oleada de prosperidad de los años noventa. «Me opongo —decía Bernstein— al punto de vista, según el cual, hemos de esperar un colapso de la economía burguesa en un futuro cercano y la Social Democracia ha de adaptar sus tácticas al supuesto de una catástrofe inminente del sistema» (105). Ya sabemos que las leyes enunciadas por Marx no habían de traer el colapso del capitalismo de un modo mecánico; pero su incumplimiento significaba que la miseria del proletariado no había aumentado sino que había disminuido; las crisis no se habían hecho más frecuentes y profundas sino más suaves y distanciadas en el tiempo; la estructura social no había tendido a simplificarse en el antagonismo creciente de dos clases sino que mostraba una complejidad, una graduación y una diferenciación crecientes; y si el capital productivo estaba concentrándose, las empresas de mediana y pequeña dimensión persistían y aún se multiplicaban y la propiedad del capital se extendía a través de un accionariado creciente.

Así que Bernstein pensaba que, aun cuando se admitiera que el avance del capitalismo llevaba consigo una dependencia e inseguridad mayores de una población crecientemente asalariada; aun cuando se aceptara que había aumentado la distancia social entre la aristocracia del capital y los trabajadores y aunque se denunciara la propiedad del capital como cada vez más superflua, resultaba difícil ignorar que las sociedades tendían a hacerse más estables y menos proclives a la revolución. Para Bernstein, todo esto debía llevar a sustraer el socialismo del ámbito de las leyes científicas inevitables y configurarlo como un movimiento de inspiración ética, dispuesto a practicar el reformismo democrático y a alcanzar de un modo gradual y no revolucionario el objetivo final del socialismo.

Esta posición había de ser condenada como idealista, burguesa y oportunista por quienes, como Rosa Luxemburgo, mantenían una actitud revolucionaria desde la que afirmaban que las contradicciones del capitalismo eran cada vez más patentes, negaban que la acción sindical y la reforma social tuvieran efectividad a largo plazo para acabar con la explotación y rechazaban la tentación de olvidar, bajo la influencia del mito de Sísifo reformista, que el objetivo último del movimiento socialista era la destrucción del modo de producción capitalista. Y aún era más condenable para Lenin, cuyo pensamiento se centraba —como ha escrito Lukacs (106)— en la actualidad de la revolución en el doble sentido de que creía que el carácter básico de los tiempos era revolucionario y veía cada problema diario en articulación con la totalidad sociohistórica, es decir, como un momento de la liberación del proletariado a través de la revolución. Lenin consideraba imposible la evolución económica del capitalismo al socialismo y también rechazaba la idea de que la actuación de fuerzas económicas explosivas fuera a llevar de un modo mecánico a la victoria del proletariado. Era necesaria la acción política revolucionaria, cuya fuerza impulsora había de ser el proletariado; pero Lenin tampoco creía que la conciencia de clase correcta y la vocación revolucionaria del proletariado, adecuadas a su papel dirigente, fueran a desarrollarse gradual y espontáneamente sin fricciones y retrocesos. Es más: aceptaba que el avance del capitalismo atribuía importancia creciente a la «aristocracia del trabajo», creaba grupos específicos de tra-



EDWARD BERNSTEIN (1850-1932)

Bernstein señaló la disparidad entre lo que los social-demócratas alemanes profesaban y lo que en la práctica hacían y, en interés de la claridad, les exhortó a que hablasen según actuaban. Su revisionismo proponía un socialismo reformista que implicaba la aceptación de que las leyes del movimiento capitalista, formuladas por el socialismo científico, no se estaban cumpliendo.



LENIN (1870-1924)

La revolución socialista podía ocurrir tanto en un país atrasado con escaso desarrollo capitalista como en un país capitalista maduro. Un partido disciplinado, rigidamente organizado de revolucionarios profesionales debería «representar» al proletariado como agente histórico espontáneo de la revolución. El socialismo científico retrocedía ante la voluntad política revolucionaria.

bajadores con intereses distintos de los intereses reales del proletariado y desarrollaba un estado burocrático reformista capaz de suscitar adhesiones individuales de los trabajadores como ciudadanos, desorganizar las clases sociales y resquebrajar así la hostilidad unitaria del proletariado. En consecuencia, y puesto que ya se vivía un período de revolución proletaria, Lenin creía que estaba planteado un problema básico de organización, es decir, que era esencial un partido rigurosamente disciplinado y centralizado de profesionales de la revolución que fueran la avanzada de la lucha de clases y que, con una clara comprensión de las condiciones y los resultados del movimiento proletario, condujeran a las masas en la crisis revolucionaria.

Bernstein y Lenin representan dos líneas dispares en la evolución del socialismo; y, sin embargo, a ambos es común un voluntarismo —tan distinto como diversos eran los caracteres respectivos y el medio en que uno y otro desarrollaron su acción política— basado en una desconfianza sobre la capacidad de las leyes económicas para fundamentar, en su despliegue necesario, la revolución. Bernstein concluyó, a la vista de la experiencia histórica, que las leyes enunciadas por Marx eran erróneas y propuso que la Social Democracia alemana abandonase su carácter revolucionario programático y asumiese su práctica reformista de partido de masas en el marco más o menos democrático de la Alemania industrial. Lenin, por su parte, situado en la perspectiva del atraso socioeconómico de Rusia, había de resistirse a aceptar la afirmación de Marx, según la cual, toda victoria del proletariado sería temporal mientras en el curso de la historia no se hubieran creado las condiciones materiales que hacían necesaria la abolición del modo burgués de producción (107); y había de ser poco receptivo a la convicción de Marx de que sólo cuando el desarrollo de las fuerzas productivas alcanzase un nivel alto sería posible elevar la producción de modo que la abolición de las clases sociales llevase a un progreso real y pudiese durar sin conducir al estancamiento. El pueblo no podía esperar indefinidamente. Además, Lenin no creía que la conciencia revolucionaria del proletariado fuera a desarrollarse espontáneamente desde dentro de las contradicciones crecientes del capitalismo. Así pues, esa necesaria una minoría disciplinada, incorporación

tangible de la conciencia proletaria, que acelerase la maduración de las tendencias revolucionarias sin esperar a la actuación de fuerzas económicas explosivas y con la convicción de que la revolución puede triunfar si aprovecha el eslabón más débil del sistema.

Para un marxista «ortodoxo» como Kautsky, el objetivo socialista sólo podía alcanzarse mediante la revolución; pero hacer ésta estaba tan poco en manos de los socialistas como en las de sus adversarios detenerla. Kautsky pensaba que la convicción de que la revolución social sólo es posible en determinadas condiciones y, por tanto, en países particulares era uno de los rasgos más importantes del marxismo y lo que distinguía su socialismo científico del socialismo utópico (108). Y tenía razón. Sin embargo, también encontraban fundamento en la obra de Marx Lenin y cuantos sustraían la realización del socialismo al ámbito de la necesidad de las leyes económicas e insistían en que la historia es el resultado de los esfuerzos y las luchas de los hombres. Y es que, como señala Gouldner (109), la tensión entre la llamada a hacer algo ahora y la advertencia de que quienes no esperan a que se cumplan las condiciones adecuadas son aventureros peligrosos; la tensión entre el marxismo como acción política y el marxismo como ciencia, entre libertad y necesidad, impregna la obra de Marx y su deseo de integrar teoría y praxis. En su doble proyecto de conocer el mundo y cambiarlo, Marx encontró insuficiente la filosofía para conocerlo e insuficiente la ciencia para criticarlo y transformarlo; y se movió de una a otra perspectiva sin renunciar a ninguna de ellas.

Pero lo que importa señalar aquí es que uno de los términos de ese dualismo, el correspondiente al socialismo científico, ha tendido a retroceder a medida que la historia ha puesto de manifiesto el incumplimiento de algunas de las leyes básicas enunciadas por Marx sobre el desarrollo del capitalismo —unas leyes que, como hemos visto, una teoría económica correcta no permitía deducir—. Paralelamente, han pasado a ocupar una posición dominante el voluntarismo político y, con él, el impulso ético y el componente crítico-filosófico de la obra de Marx. Y puesto que éste pretendía la integración de teoría y acción, el voluntarismo político marxista ha tendido a situar el pensamiento económico de Marx en un ámbito dog-

mático, tanto más acrítico cuanto más rígidas eran las estructuras de partido y mayor, por tanto, la preferencia por «los análisis supresores de la particularidad» y «la violencia idealista de los hechos» (110) frente a las dudas teóricas. Un partido político que afirma su vocación revolucionaria necesita teorías que se presenten como una base sólida para la acción, no teorías problemáticas; y ha de sentirse, por tanto, poco comfortable con un cuerpo teórico-económico afectado de graves anomalías relativas al cumplimiento de leyes enunciadas como tendencias inexorables, cuya falta aparente de operatividad en periodos de prosperidad había de entenderse, según Marx, como meramente transitoria y cuya actuación se presentaba como íntimamente ligada al éxito de la revolución proletaria —pues, como escribió Marx en 1850, una revolución verdadera no puede ocurrir en un período de prosperidad general y sólo es posible en una etapa de crisis (111)—. Ya hemos visto que el esquema teórico expresado en términos de precios permite discutir correctamente los mecanismos del sistema capitalista: la formación de los precios, la distribución del excedente entre salarios y beneficios, la selección de técnicas, el proceso de acumulación con su incorporación de innovaciones, etc.; y que permite hacerlo, si así se desea, desde las consideraciones sociohistóricas empleadas por Marx. El abandono de la teoría del valor-trabajo y de los conceptos y criterios que entraña lleva, sin embargo, a extraer de la argumentación económica una importante carga ideológica, despoja la teoría del ropaje enardecedor de la indignación moral, pone de manifiesto lo que hay de discurso ético en el análisis propuesto y, además, impide formular algunas leyes del desarrollo histórico que no se han cumplido pero que son fundamentales en la concepción dinámica del modo de producción capitalista que propuso Marx. Y esto es bastante más de lo que se ha mostrado dispuesto a aceptar, en general, el voluntarismo político marxista. La propensión a proteger las teorías sociales de la discusión racional está en proporción directa con el rechazo del pluralismo entendido como aceptación de la incertidumbre sobre la bondad de las soluciones propuestas a los problemas sociales y políticos y como renuncia, por tanto, a imponer las propias convicciones por la fuerza. La creencia y, más frecuentemente, la pretensión es-

tratégica de que se posee La Verdad tienden a reducir la discursión a la categoría de ceremonia ritual.

Las concepciones económicas de Marx no son la única parte de su pensamiento que presenta ambigüedades, inconsistencias, vacíos, errores teóricos y proposiciones no corroboradas por los hechos. Debilidades semejantes aparecen, por ejemplo, en su teoría de la sociedad y del Estado y en su explicación de la acumulación primitiva y del tránsito del feudalismo al capitalismo —para no hablar, desde una perspectiva actual, de sus ideas esquemáticas y, en buena medida, utópicas o tautológicas sobre el tránsito al socialismo y la sociedad y el Estado socialistas—. En la lucha política, tales debilidades pueden presentarse como bases de ataque al marxismo o pueden negarse como críticas burguesas; pero en nada empequeñecen la figura de Marx, excepto que se pretenda medir la talla de un pensador social por su capacidad para sobrevivir a su tiempo como un dios inmutable o se juzgue su obra por su capacidad para conservarse como el sistema cerrado y sin fisuras que, con seguridad, nunca fue. Las construcciones de los grandes científicos sociales son hijas de su tiempo y conservan su relevancia, en la evolución del contexto histórico, no tanto porque ofrezcan un cuerpo de proposiciones válidas articuladas en sistemas coherentes, precisos y completos sino porque señalaron problemas y plantearon preguntas que continúan siendo actuales, avanzaron hipótesis fructíferas que, quizás aún en su invalidez, siguen inspirando la discusión y el trabajo de investigación, y señalaron caminos que permanecen abiertos. El pensamiento económico de Marx aún subyuga por la pasión que, con frecuencia, lo inspira; admira por el saber y la información que lo fundamentan y continúa siendo estimulante para el trabajo actual por la fuerza de sus hipótesis, especialmente en temas relativos a la dinámica del sistema —la acumulación de capital, las innovaciones tecnológicas, las fluctuaciones— y a las limitaciones del mercado que persisten como problemas centrales y abiertos de la Economía. En fin, el pensamiento de Marx nos recuerda los peligros y las limitaciones de los intentos de explicación de situaciones socioeconómicas concretas que utilicen el análisis económico en un vacío de instituciones y estructuras sociales. Pero también debe tomarse como una advertencia sobre los ries-

gos de las grandes síntesis que sólo lo explican todo en la superficie de las cosas.

NOTAS

(1) Cf. L. ALTHUSSER, «Sur le jeune Marx», en *Pour Marx*, París, 1966, págs. 71-76. La obra de referencia habitual sobre el itinerario de Marx al que se refiere el texto es la de AUGUSTE CORNU, *Carlos Marx y Federico Engels: Del idealismo al materialismo histórico*, Ed. Platina y Stilograf, Buenos Aires, 1965. Véase también DAVID McLELLAN, *Marx before Marxism*, Macmillan, Londres, 1970, y, de este mismo autor, los capítulos correspondientes de su obra *Karl Marx: His Life and Thought*, Macmillan, Londres, 1973.

(2) A. CORNU, *Carlos Marx y Federico Engels...*, op. cit., pág. 110.

(3) F. ENGELS, MEGA II, pág. 420. (Citado por R. TUCKER, *Philosophy and Myth in Karl Marx*, Cambridge University Press, 1964, pág. 73.)

(4) K. MARX y F. ENGELS, *Ideología Alemana*, Ed. Nueva Vida, Buenos Aires, 1958, pág. 70.

(5) Cf. sobre la crítica de la filosofía política de Hegel en Marx los capítulos I y II de la obra de VÍCTOR PÉREZ DÍAZ, *Estado, Burocracia y Sociedad Civil*, Ed. Alfaguara, Madrid, 1978.

(6) K. MARX, «Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel», en *La Sagrada Familia y otros escritos*, Grijalbo, México, 1962, pág. 3.

(7) K. MARX, «Introducción a la crítica»..., op. cit., pág. 4.

(8) K. MARX, artículo publicado en *Vorwärts*, 1844, MEGA I/3, págs. 13-16. (Tomado de T. B. BOTTOMORE y M. RUBEL, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Pelikan Books, Londres, 1963, pág. 226.)

(9) K. MARX, «Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel», op. cit., págs. 12-15.

(10) Cf., sobre este punto, R. TUCKER, *Philosophy and Myth in Karl Marx*, op. cit., págs. 114-117. McLELLAN, sin embargo, minimiza la influencia de von Stein sobre el pensamiento de Marx, en *Marx before Marxism*, op. cit., pág. 156.

(11) K. MARX y F. ENGELS, *Le Manifeste Communiste*, ed. de M. Rubel en *Karl Marx: Oeuvres. Economie, I*, Bibliothèque de La Pléiade, París, 1963, págs. 167 y 168.

(12) K. MARX, «Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel», op. cit., pág. 15.

(13) Cf. J. HYPPOLITE, *Etudes sur Marx et Hegel*, París, 1955, págs. 114-117 y 152-154.

(14) A. CORNU, *C. Marx y F. Engels*, op. cit., pág. 452.

(15) F. ENGELS, *Sobre la historia de la Liga Comunista*, citado en A. CORNU, *C. Marx y F. Engels*, op. cit., pág. 370.

(16) Cf. A. CORNU, *C. Marx y F. Engels*, op. cit., págs. 464-478.

(17) Hay quienes niegan o minimizan la influencia de Engels sobre Marx en aquellos años; y hay quienes califican de negativo e incluso de «destructor» (J. P. Sartre) para Marx el encuentro con Engels. Creo que estas opiniones no resisten una lectura de *La Condición de la Clase Obrera en Inglaterra*. Sobre este tema, véase ALVIN W. GOULDNER, *The Two Marxisms*, Macmillan, Londres, 1980, cap. 9.

- (18) Cf. T. W. HUTCHISON, «Friedrich Engels and Marxian Political Economy», en *The Politics and Philosophy of Economics*, Basil Blackwell, Oxford, 1981, págs. 1-22.
- (19) W. O. HENDERSON, ed., *Engels. Selected Writings*, Londres, 1967, pág. 73.
- (20) Cf. T. W. HUTCHISON, «Friedrich Engels and Marxian Political Economy», op. cit., págs. 5-6.
- (21) A. CORNU, *C. Marx y F. Engels*, op. cit., pág. 568.
- (22) K. MARX, *Critique de l'Economie Politique, Avant-Propos*, ed. por M. Rubel en *Karl Marx: Oeuvres, Economie, I*, Bibliothèque de la Pléiade, París, 1963, págs. 171-172.
- (23) K. MARX, *Misère de la Philosophie*, ed. por M. Rubel en *Karl Marx: Oeuvres, Economie, I*, op. cit., pág. 74.
- (24) K. MARX, *Misère de la Philosophie*, op. cit., pág. 89.
- (25) K. MARX, *Misère de la Philosophie*, op. cit., pág. 92.
- (26) M. RUBEL, *Introduction a Karl Marx: Oeuvres, Economie, II*, Bibliothèque de la Pléiade, París, 1968, pág. XVIII.
- (27) K. MARX, *Manuscritos económico-filosóficos*, en ERICH FROMM, *Marx y su concepto del hombre*, F.C.E., México, 1962, pág. 184.
- (28) K. MARX, *Manuscritos*, op. cit., pág. 192.
- (29) K. MARX, *Manuscritos*, op. cit., págs. 110-111.
- (30) K. MARX, *Manuscritos*, op. cit., pág. 119.
- (31) K. MARX, *Manuscritos*, op. cit., pág. 108.
- (32) K. MARX, *Manuscritos*, op. cit., pág. 140.
- (33) K. MARX, *Manuscritos*, op. cit., págs. 152-153.
- (34) K. MARX, *Manuscritos*, op. cit., pág. 99.
- (35) Cf. J. RANCIERE, *Le concept de critique de l'Economie Politique des «Manuscrites» de 1844 au «Capital»*, en ALTHUSSER, RANCIERE y otros, *Lire Le Capital*, vol. I, París, 1965, pág. 105.
- (36) L. ALTHUSSER, «Aujourd'hui», en *Pour Marx*, op. cit., págs. 25-28. También sobre el abandono del tema de la alienación, S. AVINERI, *The Social and Political Thought of Karl Marx*, Cambridge, 1968.
- (37) Esta interpretación, en ALVIN W. GOULDNER, *The Two Marxisms*, op. cit., págs. 199 y ss., y VÍCTOR PÉREZ DÍAZ, *Estado, Burocracia y Sociedad Civil*, op. cit., págs. 60-61.
- (38) K. MARX, *Misère de la Philosophie*, op. cit., págs. 92-93, y *Le Manifeste Comunista*, op. cit., págs. 174 y 190-192.
- (39) K. MARX y F. ENGELS, *Le Manifeste Comunista*, op. cit., pág. 174.
- (40) K. MARX, *Introduction générale a la critique de L'Economie Politique*, en *Karl Marx: Oeuvres, Economie, I*, op. cit., pág. 260. Sobre las huellas hegelianas de esta atribución al proletariado de una posición de privilegio para el conocimiento de la realidad social, véase L. SEBAG, *Marxisme et Structuralisme*, Payot, París, 1967, caps. 1 y 2.
- (41) K. MARX y F. ENGELS, *Ideología Alemana*, op. cit., págs. 36-37.
- (42) K. MARX y F. ENGELS, *Ideología Alemana*, op. cit., págs. 86 y 147.
- (43) L. SEBAG, *Marxisme et Structuralisme*, op. cit., pág. 93.
- (44) K. MARX y F. ENGELS, *Ideología Alemana*, op. cit., pág. 39.
- (45) K. MARX, *El Capital*, F.C.E., México, 1960, vol. III, pág. 757.
- (46) «Sin antagonismo no hay progreso. Esta es la ley que la civilización ha seguido hasta nuestros días». *Misère de la Philosophie*, op. cit., págs. 35-36.
- (47) K. MARX, *El Capital*, vol. I, Postfacio a la segunda edición, pág. XXIV.
- (48) K. MARX, *El Capital*, op. cit., vol. I, pág. 452, y carta a Kugelmann de 11 de junio de 1868, reproducida en *El Capital*, vol. I, pág. 706.
- (49) K. KOSIK, *Dialéctica del Concreto*, Bompiani, Milano, 1965, pág. 55.
- (50) G. LUCKACS, «Rose Luxemburg, economiste», en *His toire et Conscience de classe*, op. cit., pág. 48.
- (51) Cf. A. W. GOULDNER, *The Two Marxisms*, op. cit., cap. 4.
- (52) K. MARX, *Introduction générale a la critique de l'Economie Politique*, op. cit., págs. 235-236.
- (53) K. MARX, *Introduction générale...*, op. cit., págs. 257 y siguientes.
- (54) K. MARX y F. ENGELS, *Ideología Alemana*, op. cit., pág. 36.
- (55) K. MARX y F. ENGELS, *Ideología Alemana*, op. cit., págs. 38 y 43.
- (56) Sin mermar importancia a la contribución decisiva de Marx, conviene recordar los precedentes de estas ideas en la historiografía escocesa de la segunda mitad del siglo XVIII. Sobre esos precedentes y su influencia en Marx, véase el trabajo de R. L. MEEK, *The Scottish Contribution to Marxist Sociology*, reimpresso en *Economics and Ideology and Other Essays*, London, 1967. También se encuentran ideas similares en las obras de Richard Jones (1790-1855), uno de los pocos economistas apreciados por Marx. Véase, a este respecto, el artículo de H. GROSSMAN, «The Evolutionist Revolt against Classical Economics», en *Journal of Political Economy*, octubre y diciembre, 1943.
- (57) MARX y ENGELS, *Ideología Alemana*, op. cit., págs. 37-38.
- (58) K. MARX, *Misère de la Philosophie*, op. cit., pág. 79.
- (59) Véase el prólogo de Engels a la edición inglesa (1888) del *Manifiesto*, en K. MARX, *Oeuvres, Economie, I*, op. cit., págs. 1487-1488.
- (60) K. MARX, *Oeuvres, Economie, I*, op. cit., pág. 1439.
- (61) K. MARX, *Critique de l'Economie Politique. Avant-Propos*, op. cit., págs. 272 y ss.
- (62) K. MARX, *El Capital*, postfacio a la 2.ª edición alemana, vol. I, op. cit., pág. XXIII, y vol. III, pág. 733.
- (63) Cartas de Engels a Schmidt (5 de agosto de 1890), Bloch (21 de septiembre de 1890), Mehring (14 de julio de 1893) y Starkenburg (25 de enero de 1894). En K. MARX y F. ENGELS, *Selected Correspondence, 1846-1895*, Nueva York, 1942.
- (64) Cf., sobre este tema, el análisis de VÍCTOR PÉREZ DÍAZ, *Estado, Burocracia y Sociedad Civil*, op. cit., págs. 131 y ss.
- (65) Cf. la carta enviada por Marx a la redacción de la revista rusa *Otietschestvenie Sapiski*, reproducida en *El Capital*, I, op. cit., págs. 710-712.
- (66) K. MARX, *El Capital*, I, postfacio a la 2.ª edición alemana, op. cit., pág. XXII.
- (67) K. MARX, *El Capital*, I, Prólogo, op. cit., págs. XIV-XV.
- (68) K. MARX, *El Capital*, I, op. cit., pág. 546.
- (69) K. MARX, *Die moralisierende Kritik und die Kritische Moral* (1847), MEGA I/6, recogido por T. B. BOTTOMORE y M. RUBEL en *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, op. cit., págs. 244-245.
- (70) Este es el tema central de la obra de A. W. GOULDNER, *The Two Marxisms*, op. cit., donde se examina la tensión entre el «marxismo científico» y el «marxismo crítico».
- (71) K. MARX y F. ENGELS, *Le Manifeste Communiste*, op. cit., pág. 166.
- (72) Cf. K. MARX, *Introduction générale...*, loc. cit., págs. 230-241.
- (73) P. M. SWEEZY, *Teoría del desarrollo capitalista*, 2.ª ed., F.C.E., México, 1958, pág. 265.

(74) K. MARX, *El Capital*, III, pág. 754.

(75) K. MARX, *El Capital*, I, págs. 425 y 447.

(76) Cf. K. MARX, *El Capital*, I, cap. 1 B 64

(77) J. E. ROEMER, *Analytical Foundations of Marxian Economic Theory*, Cambridge University Press, 1981, págs. 159-160.

(78) Marx, contra lo que a veces se afirma, era plenamente consciente de su error, aunque no fuera capaz de encontrarle una solución al tiempo de la redacción y publicación del primer volumen de *El Capital* —época en la que, por otra parte, estaban ya redactados muchos de los manuscritos utilizados por Engels para editar el volumen tercero de la obra—. Véase, a este respecto, la carta de Marx a Engels de 27 de junio de 1867, recogida en *El Capital*, I, F.C.E., op. cit., pág. 685. Ver también IAN STEEDMAN, «No existe el "problema de la transformación"», en *Lecturas sobre economía política marxista contemporánea* (J. M. Vegara, ed.), Bosch, Barcelona, 1982, pág. 276.

(79) Tomemos, en efecto, el caso de la mercancía genérica *i*-ésima. Su valor y su precio unitarios vienen dados, según las expresiones [1] y [2] del texto, por

$$\lambda_i = c_i + v_i + s_i$$

$$p_i = (c_i + v_i) \cdot (1 + g) = (c_i + v_i) \cdot \left[1 + \frac{s}{c + v} \right] =$$

$$= c_i + v_i + \frac{(c_i + v_i)}{c + v} \cdot s,$$

donde $\frac{c_i + v_i}{c + v} \cdot s = \beta_i$ es el beneficio empresarial. Ahora bien,

$$\beta_i = \frac{c_i + v_i}{c + v} \cdot s = \frac{v_i}{v} \cdot \frac{\left[\frac{c_i}{v_i} + f \right]}{\left[\frac{c}{v} + f \right]} \cdot s = \frac{\left[\frac{c_i}{v_i} + f \right]}{\left[\frac{c}{v} + f \right]} \cdot s_i,$$

puesto que la tasa de plusvalía es uniforme *y*, por tanto,

$$\frac{s}{v} = \frac{s_i}{v_i}.$$

En consecuencia, $\beta_i \geq \frac{s_i}{v_i}$ y, por tanto, $p_i \geq \lambda_i$, según que

$$\frac{c_i}{v_i} \geq \frac{c}{v}.$$

Este es el resultado que se indica en el texto.

(80) En efecto, partiendo de la expresión [2] del texto, procediendo a agregar sobre las *n* mercancías del sistema y aplicando al resultado la expresión [1], se obtiene:

$$\sum_{i=1}^n p_i = \left[\sum_{i=1}^n c_i + \sum_{i=1}^n v_i \right] \cdot \left(1 + \frac{s}{c + v} \right) =$$

$$= (c + v) \cdot \left[\frac{c + v + s}{c + v} \right] = c + v + s = \sum_{i=1}^n \lambda_i,$$

que indica la igualdad entre agregados de precios y valores para la totalidad del sistema. Análogamente, partiendo de los beneficios *y* agregando:

$$\sum_{i=1}^n \beta_i = \left[\sum_{i=1}^n c_i + \sum_{i=1}^n v_i \right] \cdot g = (c + v) \cdot \frac{s}{c + v} = s,$$

que indica la igualdad entre beneficios totales *y* plusvalía total para el conjunto del sistema.

(81) K. MARX, *El Capital*, III, págs. 164-165.

(82) K. MARX, *El Capital*, III, pág. 211.

(83) K. MARX, *El Capital*, III, pág. 768.

(84) Para Marx, sólo el trabajo aplicado a la producción genera valor *y*, por tanto, plusvalía. En consecuencia, en la esfera comercial no se genera plusvalía, los costes de comercialización suponen una deducción de la plusvalía generada en el sector productivo *y* ésta ha de atender a la remuneración del capital

comercial a la tasa uniforme de beneficio del sistema. (Cf. K. MARX, *El Capital*, III, sección 4.^a)

(85) K. MARX, *El Capital*, III, pág. 761.

(86) K. MARX, *El Capital*, III, pág. 248.

(87) ANWAR SHAIK, «Economía Política *y* Capitalismo: Notas sobre la teoría de las crisis en Dobb», *Cambridge Journal of Economics*, marzo 1980, recogido en J. M. VEGARA (ed.), *Lecturas sobre economía política marxista contemporánea*, op. cit., págs. 288-290.

(88) Tal como la expone Marx, la deducción de la ley es inmediata. Puesto que la tasa media de ganancia en valor viene dada por

$$g = \frac{s}{c + v} = \frac{s/v}{c/v + 1} = \frac{\pi}{c/v + 1},$$

donde π es la tasa de plusvalía del sistema *y* c/v expresa la composición orgánica del capital, el aumento de esta última en el tiempo, junto con el supuesto de la estabilidad en el valor de π , determinan una tendencia al descenso en el valor de *g*.

(89) K. MARX, *Principes d'une critique de l'Economie Politique*, en K. MARX, *Oeuvres*, II (M. Rubel ed.), Bibliotheque de la Pléiade, París, 1968, pág. 271.

(90) K. MARX, *El Capital*, III, pág. 215.

(91) J. E. ROEMER, *Analytical Foundations of Marxian Economic Theory*, op. cit., pág. 89.

(92) K. MARX, *El Capital*, op. cit., vol. I, cap. XXIII, especialmente págs. 517-549.

(93) Cf. B. FINE *y* L. HARRIS, «Temas polémicos en la teoría económica marxista», en *Lecturas sobre economía política marxista contemporánea*, op. cit., págs. 409-416.

(94) Cf. J. A. SCHUMPETER, «Karl Marx (1818-1883)», en *Diez grandes economistas, de Marx a Keynes*, Madrid, Alianza Editorial, 1967, págs. 73-79.

(95) K. MARX, *El Capital*, II, F.C.E., México, 1964, pág. 366.

(96) Consideremos una economía capitalista con *n* mercancías *y* fuerza de trabajo, donde se produce con coeficientes técnicos fijos tanto de los medios de producción como del trabajo, no hay producción conjunta, todo el capital es circulante, su periodo de rotación es el mismo en todos los sectores *y* igual al periodo de análisis *y* los salarios se pagan por adelantado.

Sea *A* la matriz (*n* × *n*) de los coeficientes técnicos materiales a_{ij} *y* tal que *A* es una matriz indecomponible, porque cada mercancía entra, directa o indirectamente, en la producción de todas las demás; semipositiva, porque $a_{ij} \geq 0$ *y*, para algún par *i, j*, $a_{ij} > 0$; *y* productiva, porque $Ax < x$ para cualquier vector de producto bruto.

Sea *L* el vector (1 × *n*) de los coeficientes técnicos unitarios de trabajo homogéneo directo, l_j , expresados en horas-trabajo; suponemos que toda la mercancía necesita trabajo directo para su producción ($l_j > 0$), de modo que *L* es estrictamente positivo.

Sea *b* el vector (*n* × 1) de los consumos materiales mínimos de subsistencia correspondientes al salario real por hora de trabajo *y* tal que es estrictamente positivo, de modo que $b_i > 0$.

Sean *p* el vector (1 × *n*) de los precios unitarios de las mercancías (p_j) expresados en términos del salario monetario; *y* λ , el vector (1 × *n*) de los valores-trabajo unitarios de las mercancías (λ_j).

Sean, en fin, *r* la tasa de beneficio capitalista *y* π la tasa de plusvalía.

El sistema de valores de Marx vendrá expresado por

$$\lambda = \lambda \cdot A + L \tag{1}$$

es decir,

$$\lambda = L \cdot [I - A]^{-1} \tag{2}$$

de modo que los valores-trabajo de las mercancías pueden obtenerse a partir de los coeficientes técnicos (a_{ij} , l_j).

La tasa de plusvalía será:

$$\pi = \frac{1 - \lambda \cdot b}{\lambda \cdot b}, \quad [3]$$

donde el numerador es la plusvalía por hora de trabajo y $\lambda \cdot b$ es el salario-hora de subsistencia en términos de valor. En consecuencia,

$$1 = (1 + \pi) \cdot \lambda \cdot b, \quad [4]$$

y, por tanto, a partir de la [1] podemos escribir:

$$\lambda = \lambda \cdot A + (1 + \pi) \cdot \lambda \cdot b \cdot L, \quad [5]$$

de donde se deduce que $\pi > 0$ cuando se cumpla la condición:

$$1 > A + b \cdot L \quad [6]$$

El sistema de precios vendrá expresado, a su vez, por

$$p = (1 + r) \cdot [pA + p b L], \quad [7]$$

donde los precios aparecen expresados en términos del salario monetario de subsistencia y éste es $p \cdot b = 1$. En consecuencia,

$$p = (1 + r) p [A + bL] = (1 + r) \cdot pM, \quad [8]$$

donde M es la matriz ampliada de los coeficientes técnicos de producción. Puesto que M es una matriz indescomponible, semipositiva, de acuerdo con el teorema Perron-Frobenius, M posee una raíz característica máxima, $\varrho = \frac{1}{1+r}$,

inferior a la unidad, a la que está asociado el vector característico p , que es estrictamente positivo. En consecuencia, a partir de los coeficientes técnicos de producción (a_{ij}, l_j) y de los coeficientes sociales correspondientes a los consumos mínimos de subsistencia (b_j) pueden determinarse los precios relativos de las mercancías y la tasa de beneficio correspondiente al salario real de subsistencia.

De [8] se deduce inmediatamente que para que $r > 0$, ha de cumplirse que

$$1 > A + bL, \quad [9]$$

que es la misma condición que encontramos en [6] para que $\pi > 0$, y que indica que la economía ha de producir un excedente para que sean positivas tanto la tasa de plusvalía como la tasa de beneficio.

Puede, además, probarse que si ϱ es la raíz característica de la matriz A y A^* es otra matriz indescomponible semipositiva del mismo orden que A y tal que $A^* > A$, entonces $\varrho^* > \varrho$, siendo ϱ^* la raíz característica de A^* . En consecuencia, si los consumos de los trabajadores aumentan sobre los niveles mínimos de subsistencia en b , de modo que la matriz M se hace mayor, la raíz característica ϱ se eleva y, por tanto, r descende respecto de los valores respectivos correspondientes al nivel de subsistencia del salario real. A medida que el salario real se eleva respecto del nivel de subsistencia, la tasa de beneficio descende —aunque continuará siendo positiva mientras se cumpla la condición [9].

Examinemos ahora la «transformación correcta» de valores en precios. Operamos la transformación multiplicando el valor

unitario de cada mercancía (λ_j) por la variable $y_j = \frac{p_j}{\lambda_j}$,

que expresa el precio por unidad de valor de la mercancía correspondiente. Así, para la mercancía j , la ecuación «transformada» es

$$y_j \cdot \lambda_j = (1 + r) \cdot \left[\sum_{i=1}^{i=n} y_i \lambda_i a_{ij} + \sum_{i=1}^{i=n} y_i \lambda_i b_i l_j \right] \quad [10]$$

o lo que es lo mismo:

$$p_j = (1 + r) \cdot \left[\sum_{i=1}^{i=n} p_i a_{ij} + \sum_{i=1}^{i=n} p_i \cdot b_i l_j \right] \quad [11]$$

y en términos matriciales:

$$p = (1 + r) \cdot p \hat{\Lambda} M \hat{\Lambda}^{-1},$$

donde $\hat{\Lambda}$ es una matriz diagonal cuyos elementos no nulos son los valores λ_j . En [11], la matriz $T = \hat{\Lambda} M \hat{\Lambda}^{-1}$ y la matriz M son similares, de modo que T tiene la misma raíz característica que la matriz M en [8]. Lo que sucede es que, puesto que puede escribirse directamente la [8], la «transformación» supone un rodeo innecesario.

Sobre el «problema de la transformación» hay una literatura muy abundante de la que vamos a seleccionar algunos títulos. Cabe comenzar por el estudio de BÖHM-BAWERK, *Karl Marx and the Close of His System*, editado por P. Sweezy juntamente con un comentario crítico de Hilferding y el artículo básico de Bortkiewicz de 1907, A. M. Kelley, New York, 1949; y por la exposición de P. SWEEZY, *The Theory of Capitalism Development*, Oxford Univ. Press, 1942, capítulo VII. Son, a continuación, hitos importantes en la polémica los artículos de J. WINTERNITZ, «Values and Prices: A Solution of the So-called Transformation Problem», *Economic Journal*, 1948; de R. MEEK, «Some Notes on the Transformation Problem», *Economic Journal*, 1956; de F. SETON, «The Transformation Problem», *Review of Economic Studies*, 1957; de N. OKISHIO, «A Mathematical Note on Marxian Theorems», *Weltwirtschaftliches Archiv*, 1963; los trabajos de P. A. SAMUELSON, «The Transformation from Marxian "Values" to Competitive Prices», *Proceedings of the National Academy of Science*, U.S.A., septiembre 1970, y «Understanding the Marxian Notion of Exploitation: A Summary of the So-called Transformation Problems between Marxian Values and Competitive Prices», *Journal of Economic Literature*, 1971, así como el intercambio entre Baumol, Samuelson y Morishima en el *Journal of Economic Literature*, 1974; y las obras de M. MORISHIMA, *Marx's Economics: A Dual Theory of Value and Growth*, Cambridge Univ. Press, 1973, y de I. STEEDMAN, *Marx after Sraffa*, New Left Books, Londres, 1977. De autores españoles pueden consultarse la introducción de J. M. VEGARA a *Lecturas sobre economía política marxista contemporánea*, op. cit., y el libro de A. R. CABALLERO, *La crisis de la economía marxista*, Madrid, 1982.

(97) D. M. NUTI, «La transformación de los valores-trabajo en precios de producción y la teoría de la explotación en Marx» (1977), en *Lecturas sobre economía política marxista contemporánea*, op. cit., págs. 261-262.

(98) Este es el contenido del llamado *Teorema Fundamental Marxista*, en M. MORISHIMA, *Marx's Economics*, Cambridge Univ. Press, 1973.

(99) En la nota 96 vimos, a partir del sistema de precios, que la tasa de beneficio será positiva sólo si se cumple la condición $1 > A + bL$. Si en esta expresión premultiplicamos por el vector de valores, obtenemos:

$$\lambda > \lambda A + \lambda bL$$

Pero, de acuerdo con la expresión [5] de la nota citada:

$$\lambda = \lambda A + (1 + \pi) \lambda bL.$$

Y sustituyendo a partir de esta expresión en la anterior, se obtiene:

$$\pi \lambda bL > 0,$$

donde, puesto que $\lambda bL > 0$, ha de suceder que $\pi > 0$. Así, pues, para que la tasa de beneficio sea positiva ha de ser positiva la tasa de plusvalía. Pero en la nota citada, expresión [6], vimos que la condición que ha de cumplirse para que la tasa de plusvalía sea positiva es también que

$$1 > A + bL.$$

De modo que la condición para que sean positivas tanto la tasa de plusvalía como la tasa de beneficio es que la economía arroje un excedente. Y a esta condición puede llegarse desde el sistema de precios sin pasar por los valores.

(100) J. E. ROEMER, *Analytical foundations of Marxian economic theory*, op. cit., cap. 7.

(101) Cf. la nota 96.

(102) Sea la técnica de producción existente para la mercancía j la denotada por (a_{ij}, l_j) y sea una nueva técnica la expresada por (a'_{ij}, l'_j) .

La nueva técnica será adoptada, de acuerdo con el «criterio de productividad», si se cumple la condición:

$$\sum_{i=1}^{i=n} \lambda_i \cdot a_{ij} + l_j > \sum_{i=1}^{i=n} \lambda_i \cdot a'_{ij} + l'_j;$$

y será adoptada, según el «criterio de costes», si se cumple:

$$\sum_{i=1}^{i=n} p_i \cdot a_{ij} + l_j > \sum_{i=1}^{i=n} p_i \cdot a'_{ij} + l'_j,$$

donde los precios aparecen expresados en términos del salario monetario.

Ambos criterios no coincidirán como consecuencia de las desviaciones entre precios y valores.

Cf. N. OKISHIO, «Technical Changes and the Rate of Profit», *Kyoto University Economic Review*, 1961, págs. 85-99.

(103) En la nota 96 se ha expresado el sistema de precios por

$$p = (1 + r) p [A + bL] = (1 + r) pM,$$

donde M , la matriz ampliada de los coeficientes técnicos de producción, es una matriz indescomponible, semipositiva, productiva, que, según el teorema Perron-Frobenius, posee una raíz

característica máxima $\rho^* = \frac{1}{1+r}$, inferior a la unidad —de modo

que $r > 0-$, a la que está asociado el vector característico p , estrictamente positivo.

Puede demostrarse que si M^* es otra matriz indescomponible, semipositiva, productiva, del mismo orden que M y tal que $M > M^*$, entonces la raíz característica de M^* , a la que denominaremos ρ^* , tal que $\rho > \rho^*$, de modo que $r < r^*$.

La introducción de un cambio técnico en la producción de la mercancía de acuerdo con el «criterio de costes», manteniéndose sin variación el salario real, supone una reducción de alguno, al menos, de los coeficientes técnicos correspondientes (a_{ik}, l_k), de modo que la nueva matriz ampliada de los coeficientes técnicos, M^* , es tal que $M > M^*$. En consecuencia $r < r^*$, de modo que el cambio técnico introducido de acuerdo con el «criterio de costes», al salario real existente, conduce a un aumento de la tasa de beneficio.

Adviértese que es condición de este resultado que la matriz M sea indescomponible, es decir, que el progreso técnico se refiera a una mercancía «básica» que entra, directa o indirectamente, en la producción de todas las demás. Las innovaciones introducidas en mercancías «no básicas» no afectan a la tasa de beneficio del sistema.

(104) R. L. MEEK, «Marx's "Doctrine of Increasing Misery"», en *Economics and Ideology and Other Essays*, Londres, 1967, págs. 125—128.

(105) Carta de Bernstein leída por Bebel en el Congreso de Stuttgart, 1898. Citada por PETER GAY, *The Dilemma of Democratic Socialism*, New York, 1962, pág. 76.

(106) G. LUKACS, *Lenin: A Study on the Unity of his Thought*, New Left Review Editions, Londres, 1970, págs. 11 y 13.

(107) K. MARX, MEGA I/6, pág. 306, citado por T. B. BOTTOMORE y M. RUBEL, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Pelikan Books, Londres, 1963, pág. 244.

(108) K. KAUTSKY, *Die Gesellschaft* (1924), citado por A. W. GOULDNER, *The Two Marxisms*, op. cit., pág. 69.

(109) A. W. GOULDNER, *The Two Marxisms*, op. cit., págs. 34 y 79.

(110) Estas expresiones, referidas al marxismo burocratizado, son de J. P. SARTRE, «Question de méthode», en *Critique de la raison dialectique*, París, 1960, págs. 25 y 28.

(111) K. MARX, *Werke*, II, pág. 440, citado en *Karl Marx: Oeuvres, Economie*, II (M. Rubel, ed.), op. cit., pág. LXXIII.